

B

odas de Plata

Agrupación de San Juan Evangelista
Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre
Jesús Nazareno (MDarrajos)

Semana Santa 1927-1952

Ilustra, benignísimo Señor a tu Iglesia; para que, iluminada con la Doctrina de San Juan, tu Apóstol y Evangelista, llegue a la posesión de los dones eternos.



MEMORIA

Editada por la Agrupación Marraja de San Juan Evangelista,

bajo la dirección de su Vicepresidente

JULIO MAS

Asesor Técnico

FRANCISCO MARTÍNEZ CANDELL

Escriben, por orden publicación:

JOSÉ M.^o MERINO C. M.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

JOAQUÍN NAVARRO COROMINA

CASIMIRO BONMATÍ

FEDERICO CASAL

JUAN J. DEL VALLE

JULIO MAS

Dibujan:

BARADO, ANTULIO, MAS

Fotografías de:

SAEZ, ABELLÁN, CASAU, M. BLAYA, STUYCK,

COLLS y AMORÓS

Con la colaboración en Archivo e Investigación de los señores

ALBA, CARREÑO, HERMANOS: BONET, R. MARZAL,

B. REQUENA Y M. SANLEANDRO

Impresa en los Talleres de Imprenta Gómez

PRÓLOGO

Simboliza esta publicación, con la que conmemoramos el XXV aniversario de la salida de nuestra Agrupación en las Procesiones de la Semana de Pasión, las dos grandes misiones en que ha centrado sus actividades desde la fundación: las puramente procesionales y de fines piadosos para la que fué constituida, y la labor de apostolado y de investigación sobre la figura de su Titular.

Incluimos por ello en la primera parte de la revista, como devoto homenaje al Discípulo amado de Jesús, un estudio sobre su vida y las excelsas páginas de su Evangelio, Epístola y «Apocalipsis», que nos hablan de la Divinidad del Verbo encar-

nado.

«Jesucristo, Sabiduría eterna, difundió los tesoros de su corazón en el alma de su discípulo predilecto» (Ecli. 15-1-6) por lo que la meditación sobre su obra es fuente inagotable de enseñanzas y de perfección espiritual.

La ingente personalidad del Águila de Patmos despertó también la inquietud en

todos los sectores del Arte, y por ello la completamos con una sugestiva peregrinación por los más famosos Museos y Pinacotecas del Mundo.

A esta labor, iniciada años atrás con la publicación de una cuidada edición de las obras completas del Apóstol, se contribuye directamente con el certamen literario convocado con idéntico fin en la Prensa y Radios Nacionales, y ciclo de conferencias que se celebra estos días, en el afán de señalar a nuestras Cofradías nuevos y ambiciosos derroteros, como ya hizo con pleno éxito en sus desfiles pasionarios.

El historial de la Agrupación, su contribución al mayor orden y perfeccionamiento de nuestras Procesiones, en unión de otros trabajos literarios y gráficos relativos a la solemnidad que se conmemora, constituyen la segunda parte.

Solo nos resta manifestar nuestro agradecimiento al Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Cartagena, por la paternal bendición que nos envía con motivo de estas Bodas de Plata; al Hermano Mayor de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, y Agrupaciones procesionales, que tantas pruebas de simpatía nos dieron siempre, y a cuantos aportaron su colaboración, desde el erudito ensayo a la prestación del más humilde trabajo, haciendo posible la publicación de esta Memoria.

Cartagena, Marzo de 1952

LA AGRUPACIÓN





SUMARIO

PRIMERA PARTE

Mujer, he aquí a tu hijo...

He aquí tu Madre...

por José M.^a Merino C. M.

San Juan y su mundo.

por Francisco Jordá

La Obra Literaria de San Juan

Evangelista.

por Joaquín Navarro
Coromina

San Juan Evangelista.

Algunas Etapas Iconográficas.

por Casimiro Bonmati

MUJER HE AQUÍ TU HIJO.... HE AQUI TU MADRE. JOH. 19, 26-27)

Por JOSÉ M.^a MERINO C. M.
Superior de la Residencia
de P. Paúles de Cartagena

No puedo ocultar mis simpatías por Juan, el Evangelista; pero no estoy conforme con ciertos artistas que nos lo han querido presentar como de un carácter meramente sentimental y, aún, algo femenino.

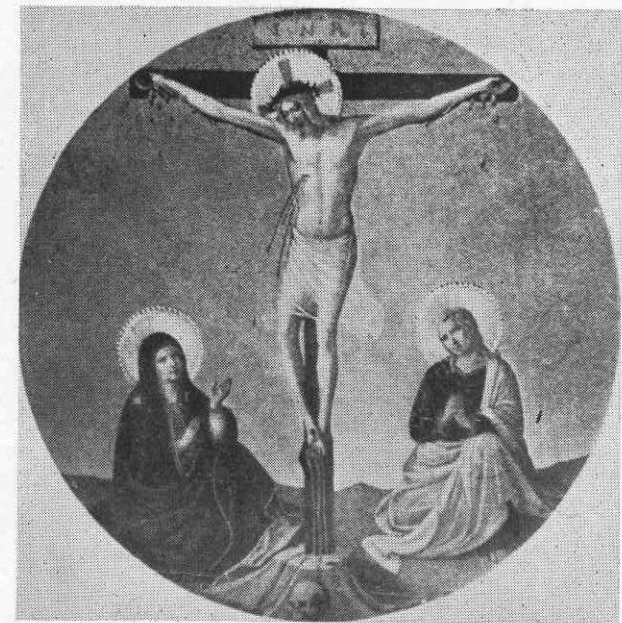
Precisamente, era tan fogoso y «decidido» que el propio Jesús le llamó—por apodo—«hijo del trueno», — en más de una ocasión tuvo que contener sus ímpetus juveniles.

Cierto que era el «Discípulo amado», y que reclinó su cabeza sobre el corazón de Jesús en la última Cena; pero no se trataba de simples afectos

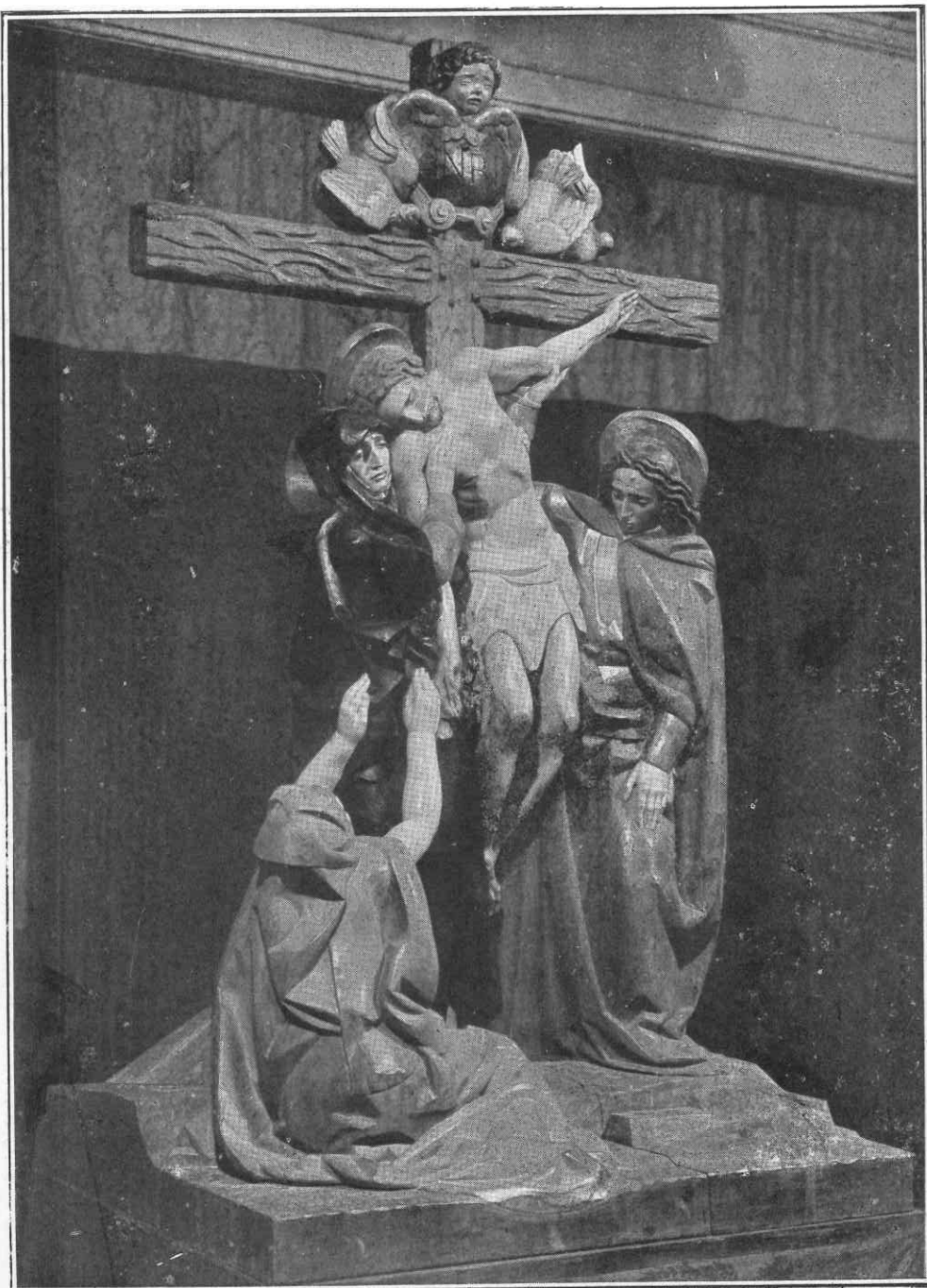
«acaramelados»; era el amor en el amplio y profundo sentido teológico, formado a fuerza de sacrificios y renunciamientos. Podeis beber el mismo cáliz de amargura que Yo he de beber? preguntó el Señor a él y a su hermano. «Podemos», respondieron sin vacilar.

Y en los momentos difíciles de la Pasión, repuesto de la inevitable impresión primera, Juan sigue a Cristo de tribunal en tribunal, y hasta la cruz.

Cuando Cristo expiró, varias piadosas personas estaban presentes.



Fray Angélico (Galería Academia, Florencia)



SAN JUAN EN EL DESCENDIMIENTO (Capúz, Cofradía Marraja)

pero la Virgen y San Juan acompañaron al Señor a lo largo de toda su dolorosa Pasión, y recogieron sus últimas confidencias y su «testamento». No son muy propicios para largas conferencias los instantes que proceden a la muerte; sin embargo es indudable que entre Jesús y María, que estaba al pie de la Cruz, se entablaría un diálogo divino, cuyo tema central sería la salvación del mundo.

Y ante todo, Jesús—como buen hijo—no quiso disponer de su vida sin el permiso de su madre.

Yo me lo figuro hablándole así: «Madre mía, sin vuestro *fiat* (consentimiento) yo no hubiera tenido este cuerpo que los hombres toman en el seno de sus madres, ni esta sangre que recibí por comunicación de tu propia sangre; pero es preciso que este cuerpo sea estrujado y esta sangre derramada para que el mundo se salve. ¿Me das permiso para morir, como lo diste para que Yo tuviera vida humana? Y la Virgen, como en el día de la Encarnación, dijo: «Hijo mío, cúmplase en mí según tu palabra».

De esta manera se fusionaron la libertad del Hijo y la libertad de la Madre para dar la vida al mundo, como de la fusión de las libertades de Adán y Eva había procedido nuestra desgracia.

En algunas reproducciones artísticas de la muerte de Jesús aparece también María, su madre, y aparece el enemigo infernal derrotado y ven-

cido. Es la antítesis del paraíso terrenal, donde también intervinieron un hombre—Adán—, una mujer—Eva— y el demonio tentador. Por éstos nos vino la muerte, por aquéllos la vida. Eva alargando a Adán el fruto vedado nos causó la muerte; María dando al mundo el fruto de bendición, su Hijo Jesucristo, nos devuelve la vida.

¿Qué más necesitaba María para ser proclamada Madre de los hombres? Había dado su libertad, su sangre, su amor, sus dolores....

Por otra parte Jesús sabe que la humanidad necesita una madre, como la necesita toda familia, por eso solemnemente Cristo la proclama diciendo: *Ecce Mater tua*.

Aquí teneis el preciadísimo tesoro. ¿Quién se hará cargo inmediato de él? Por voluntad expresa de Jesús se hará cargo del tesoro el fiel e incondicional amigo Juan, que tenía derecho a recibir algún recuerdo del ser amado que se le iba.

Por eso fué a Juan a quien Jesús se dirigió cuando dijo: *Ecce Mater tua*. Y a Ella: *He ahí a tu hijo*.

Tres lecciones nos enseña el Señor en esta emocionante escena: Primero, un deber de *piedad filial*. Jesús había amado a su madre tiernísimamente, y cuidó de que nunca le faltase nada. Ahora había de separarse de ella para cumplir su oficio de Redentor, pero toma antes las precauciones necesarias para que no quede abandonada.

Segundo, un *premio a la virtud*. Juan fué siempre fiel, amaba muy de veras al Señor, por encima de todas las cosas; y además se conservó virgen. Jesús *purísimo*, a su Madre *purísima* no quiso encomendársela sino al Discípulo *purísimo*.

Tercero, *infinita misericordia*. No os dejaré huérfanos; nos dá su Madre y nos la dá dotada de todas las prerrogativas que tal cargo supone. De Ella, pues, recibimos el ser espiritual; de Ella cuanto necesitamos

para que ese ser llegue al pleno desarrollo. Por María recibimos toda la gracia y por ella la gloria.

De San Juan dice el Evangelio que recibió a tal madre con inmensa alegría, y fué hijo sumiso y obedientísimo. «Desde aquel momento la recibió como suya». La dió lugar de preferencia en casa, la constituyó reina de su vida, a Ella se dedicó por entero y fué su capellán sumiso, cariñoso, diligente y solícito.

¡Imitémosle!



AGONIA DE DIOS, NUESTRO SEÑOR
(Antiguo paso de la Cofradía Marraja)

SAN JUAN Y SU MUNDO

Por FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

Director del Museo Arqueológico
Municipal de Cartagena

La Imperial Roma había ido devorando, uno tras otro, los pueblos que se extendían en torno del Mediterráneo. El mundo se vió convulsionado y desgarrado por una serie continuada de luchas. Durante más de tres siglos se derramó sangre en beneficio del pueblo romano y las naciones caían poco a poco esclavizadas ante los pies de la gran urbe. Por fin la locura destructiva acabó con la victoria de Roma y Octavio Augusto empezó a regir con mano suave un gigantesco imperio. La gente durante esta época de «paz octaviana» se apresuró a vivir con ansia y con ímpetu. Miraban hacia atrás, hacia los tiempos anteriores con verdadero horror y espanto. La pesadilla bélica y conquistadora se había terminado y todo el mundo se entregó a la vida fácil y muelle de la paz. El dinero surgió en abundancia y los buenos negocios se multiplicaron. Las provincias eran sitios en donde se ejercía una sabia rapiña gubernamental, dirigida y a donde solían ir los nobles arruinados a recomponer su bolsa. Los provincianos se sometían fácilmente a estos saqueos con tal de que les dejasen vivir en paz y tranquilidad. La vida en el Imperio era suave y placida. Si alguna vez dudaban de aquella felicidad, desechaban fácilmente sus dudas. El «come, bebe, goza, que lo demás es nada» era la frase favorita, la consigna diríamos, de aquel mundo que no atendía más que al placer del momento, a la diversión fugaz y pasajera.

Pero no en todas partes se acallaban fácilmente las conciencias. La paz de Octavio había traído un mundo nuevo, que no era precisamente el que forjaban los nobles romanos arruinados, ni los esclavos enriquecidos, ni siquiera eran los comerciantes plebeyos que habían aumentado sus bienes al socaire de guerras y paces equívocas. Habían empezado a resonar sobre la tierra los pasos del Maestro y su doctrina a hacer adeptos entre gentes sencillas, para quienes la conciencia todavía era un ente respetable y no se avenían fácilmente con la rapiña, el cohecho y el escándalo. Entre esa gente se encontraba Juan, el Discí-

pulo Amado. Su portentosa personalidad se nos escapa ya desde sus escritos y sus visiones proféticas, nos amilanan y nos hacen ver cuan poca cosa somos. De simple pescador pasa a ser el Evangelista máximo. No podía ser de otra mano. Sobre la tierra de Israel los imperios se habían sucedido y Roma gobernaba. Palestina es como un inmenso oasis en medio del desierto. Los judíos eran un pueblo nómada y patriarcal que en época ya avanzada dejaron sus tiendas y construyeron con cal y piedra sus moradas. Pero el aire del desierto les era grato aún. La sed de encontrar nuevos caminos les impulsaba a seguir adelante. San Juan, después del Calvario, sintió la necesidad de emprender su camino. El Maestro había dicho:—«Id y predicad». San Juan acató la orden. Iba a emprender una nueva ruta. Iba a descubrir nuevas tierras, pero llevaba con él la Verdad. Tiene que conquistar para El esas nuevas tierras que va encontrando a su paso. Tiene que conquistar el Imperio Romano.

Entonces ocurre lo inesperado. El pescador se transforma en águila, y se remonta con su pensamiento y su palabra a alturas insospechadas. Va hacia el Asia Menor, en donde todavía vive el recuerdo de las monarquías helenísticas con sus inmensos enjambres de esclavos. Es allí donde triunfa en toda su plenitud el «come, bebe, goza». El mundo con que tropieza San Juan está encenagado por un materialismo grosero y embrutecedor. Algún filósofo estoico suele hablar en casa de los ricos del desprecio a las riquezas y comodidades y la vuelta a una vida más natural, pero sus oyentes después del diálogo se emborrachan estúpidamente y arrojan las sobras de sus banquetes al pobre charlatán. El mundo está pervertido, la moral en quiebra. Las ciudades de Asia Menor son como inmensos lupanares. San Juan recorre estas tierras y evangeliza a sus gentes. Es la gran Batalla. No se presenta como el viejo filósofo a predicar moral, para pedir luego un pedazo de pan. No llama a ninguna puerta, porque llama sencillamente al corazón. Es águila y sabe que

su vuelo no ha de ser a ras del suelo, sino en pleno cielo. Y su palabra descende encendida e inspirada sobre la gente y con sus garras arranca el velo de la hipocresía y pone al descubierto la mentira con que cubren su conciencia. La voz del Maestro resuena por su boca. He aquí al Discípulo Amado haciendo honor a la preferencia que le dispensó el Señor.

«En el principio era el verbo y el verbo se hizo Carne. Si, la palabra se ha hecho carne, se ha hecho humana. Su Gran Batalla ha comenzado: Hay que luchar contra los gentiles y también contra los herejes. El Pecado está ahí ante nosotros, esperándonos, San Juan lo sabe y contra él lanza sus anatemas y dirige sus escritos.

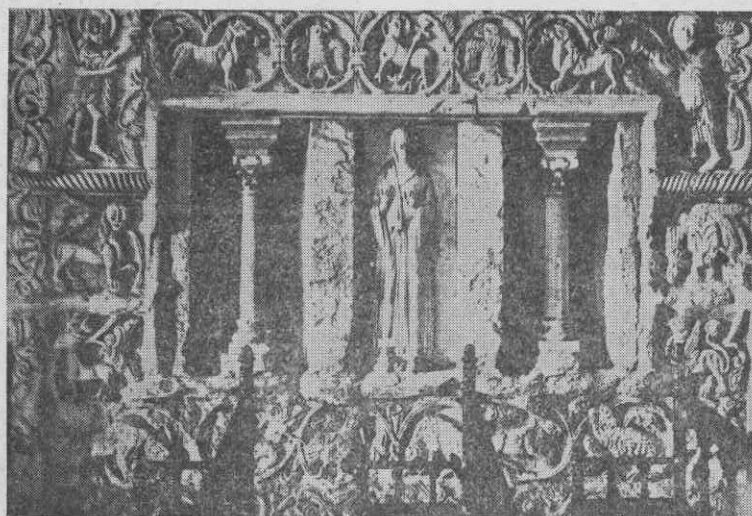
Allá en Roma ha empezado también la gran Batalla. Los mártires ya han ofrendado las rosas de su sangre. Los Césares presienten que algo nuevo ha sobrevenido y que las cosas ya no son como antes. San Juan sufre persecuciones, es humillado, encarcelado, desterrado. Domiciano, el César sangriento, lo esclaviza en Patmos. San Juan ya es viejo y Patmos para él es un descanso y el lugar de la gran Revolución. No en balde es el Discípulo Amado. Ya San Juan no puede hablar en público, pero su pluma es infatigable, su inteligencia magnífica y sus visiones extraordinarias: En aquel rincón del mundo San Juan continuará evangelizando, Su voz, perenne

porque está escrita, resonará en vuestras conciencias durante siglos y siglos. Las profecías del Apocalipsis serán anunciadas de un modo desnudo. Las trompetas que resuenan en sus páginas nos hacen entonar un «mea culpa», por que el Señor está allí, Y el mundo romano empieza a temblar y a desvanecerse. La Ciudad de los Césares se ahoga en sus crímenes. No hay salvación. La fantástica cabalgata de los Cuatro Jinetes se aproxima. Los ídolos caen hechos pedazos, mientras la voz del antiguo pescador llama al mundo para que se entregue en brazos de Su Señor y Dios.

Como su homónimo, San Juan Bautista, está poseído de la palabra de Dios y como aquel clama en el horrible desierto de las pasiones humanas.

Sus frases de fuego se disparan contra las turbas de incrédulos y las hieren en lo más íntimo. San Juan ha logrado crear en ellas el desosiego. Aquel mundo superficial y epicúreo, servil y gozador se ha sentido atropellado en su tranquilidad por la dura palabra del Evangelista. El Apocalipsis se levanta ante ellos como una visión que les aturde. Se sienten inquietos y notan el vacío de sus almas.

Y el Aguila remonta tranquilamente su señorial vuelo, mientras en la tierra empieza a resonar la salmodia penitencial del «mea culpa».



El Santo Sepulcro de Gernrode con los símbolos del Apocalipsis

La Obra Literaria de San Juan Evangelista

Por Joaquín Navarro Coromina

Literatura y vida suelen ser una misma cosa en algunos Santos, por que embebecidos en el amor, alabanza y servicios a Dios Nuestro Señor, no hay apenas tiempo de su existencia en que no los realicen; de modo que sus vidas resultan cánticos líricos de encendido ofrecimiento y sus obras son espejos del ardiente hervidero de su interno amor.

Más todavía que de cualquier otro Santo, podría quizá decirse lo que antecede del Apóstol San Juan, por que elegido a esta dignidad por el propio Jesucristo cuando aquel tenía unos veinticinco años, hasta más allá de los noventa en que vivió, su tema constante fué la Caridad, el supremo amor a Jesucristo y, por él, a todas las criaturas. Quizá fué esta la razón, junto con la de su castidad perfecta, por la que mereció el igualable favor de poder recostar su cabeza junto al corazón de Maestro en la noche Santa de la institución de la Eucaristía.

Se ha dicho que el estilo es el hombre, y siendo esto así, todos sus escritos, des-

de las cartas a las Iglesias del Asia Menor, henchidas del aliento profético del Antiguo Testamento, hasta su incomparable Evangelio donde las acciones máximas del Señor adquieren el relieve inextinguible de la hoguera de amor divino en que se abrasaba su Corazón, todas las obras literarias de San Juan, decimos, acusan ese estilo inconfundible, de lámpara que nunca se apaga por que el bálsamo de la caridad es la esencia de la propia vida y solo puede concluir con ella.

No podemos olvidar, si hablamos del Evangelio de San Juan, que su principal autor no es este, como no lo fueron de los suyos Mateo, Lucas o Marcos; porque «los santos hombres de Dios hablaron por inspiración del Espíritu Santo» según afirma San Pedro (2 Petr. 1,21) y por ello decía el ilustre y llorado Cardenal Gomá, de los autores materiales de la divina Escritura, que El los eligió, los movió, utilizó todas sus facultades humanas, todo su caudal literario, y sin forzar su libertad, sacó el libro que qui-



Rubens. - Los Cuatro Evangelistas (Museo del Prado)

so, con el contenido la forma literaria y el estilo que también quiso.

Pero en esa libertad de San Juan que Dios no forzó, estaba implícito el fuego de la caridad, que es como el constante tema, siempre repetido de nuestro Santo: el «amaos los unos a los otros como yo os he amado», que constituye el mandamiento de la Nueva Ley, que Juan oyó promulgar al Señor y que como discípulo predilecto, no habría de borrar nunca de su memoria.

Junto con su hermano Santiago fué apellidado San Juan Boanerges o Hijo del Trueno, por su natural fogoso y a veces dado incluso al celo excesivo; pero reprendido dulcemente por Jesús en más de una ocasión entraron para siempre en su alma las palabras del Hijo de Dios: «No vivis ya en tiempo de Elías ni bajo la ley de justicia; los días del Mesías han llegado y con El, la gracia y la misericordia reinan en la tierra». De misericordia y gracia empapó bien la pluma desde entonces el discípulo y todo el secreto de su estilo literario puede resumirse en estas dos palabras. Y cuando, ya anciano casi centenario, no podía escribir ni aún andar, se hacía llevar a las reuniones de los cristianos y no cesaba de decirles: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros». Cansados tal vez de tanta repetición, le preguntaron porque les decía siempre lo mismo, a lo que les respondió que ese es el precepto del Señor y si se cumple, no hace falta nada más.

En los días de su espantoso destierro en la isla de Patmos, trabajando a manera de suplicio en aquellas minas de hierro, escribió también el Apocalipsis, relato sumamente misterioso y de veladas frases en que se compendia la historia de la Iglesia hasta el fin de los siglos. Cada palabra encierra un misterio, dice San Jerónimo; y añade el P. Pérez de Urbel, que a medida que lo requiere el bien de la Humanidad, va Dios corriendo el velo que tanto secreto oculta. Con aguiña alas se eleva el Santo en esta

obra hasta la misma faz del Señor, y si en sus Epístolas fué el cariñoso pastor que cuidaba de sus rebaños cristianos del Asia Menor con una dulzura incomparable y en su Evangelio —que es el «más sublime de todos» al decir de un teólogo moderno— nos lleva a las escelitudes de «En el principio era el Verbo...» cuyas palabras repite la Iglesia todos los días al final de la Misa, todavía si cabe supérase el Santo en su propio estilo aquí, en el Apocalipsis, engarzando en cada palabra una joya y en cada frase un fabuloso tesoro de precioso y desconocido metal.

Y, hasta en este libro inmenso y profético, en que el horror de las postrimerías y el espanto del fin del mundo ponen una temerosa angustia en el ánimo del lector, no quiere el Santo dejarnos desolados ni en las manos vacilantes del miedo y nos conforta con la insuperable visión de la Jerusalén celestial que nuestro Padre nos tiene preparada, en la que no habrá noche ni entrará cosa impura y donde «El trono de Dios y del Cordero estará en ella; sus siervos le servirán, verán su rostro y llevarán su nombre sobre la frente. No tendrán necesidad de luz de antorcha ni de luz del Sol, porque el Señor Dios les alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos.

Cuando al celebrar el XXV aniversario de la Agrupación marraja de San Juan, y al admirar una vez más nuestro desfile procesional por las calles de Cartagena, veamos pasar la admirable talla de nuestro Evangelista, tan cerca de la Virgen Santísima, que desde el madero de la Cruz le fué confiada por el propio Jesucristo expirante, a la que amorosísimamente cuidó en vida como su primer Hijo después del celestial que le habíamos arrebatado con nuestras culpas, querríamos que todos pudiésemos sentir esa elevada Caridad que el Santo puso en sus escritos. Y ojalá todos sintamos, al mirar la imagen del discípulo amado que pasa en el cortejo pasionario, un poco más de amor por nuestros semejantes y una fe firme en las divinas promesas que tan magníficamente reflejan las páginas finales del Apocalipsis de San Juan que acabamos de transcribir.

Y así el estilo del Santo se habrá infundido felizmente en nuestras vidas.

SAN JUAN EVANGELISTA

ALGUNAS ETAPAS ICONOGRÁFICAS

Por CASIMIRO BONMATÍ

Al Ilmo. Sr. Alcalde; al cofrade D. Miguel Hernández de tan ejemplar vocación Sanjuanista. Estas letras que quieren trascender a una oración por la salvación de las almas y la purificación de las manos que nos quitaron el «San Juan de Salcillo».

Vivimos los médicos nuestra jornada de trabajo, a diferencia de las artistas, atados por una serie de concreciones que nos imponen los demás. De mí se dice que, al sedimentar, bien pasada la media noche, en mi rincón íntimo de meditación y trabajo, lejos de la consulta y los dispensarios, cuando me creo más recogido me siento más libre, más universal, más sumergido en el espíritu y más en contacto con sus creaciones en el Arte, en la Filosofía, en la propia Medicina, en la Religión.

A esa conexión con el espíritu del Cristianismo, que me recoge en la intimidad y me diluye en la universalidad, contribuye, todas las noches, una maravillosa reproducción del cuadro del pintor suizo EUGENIO BURNAND, «Jesús y Juan» que, cuando acabé la carrera, me regaló mi buena madre; la actitud, el gesto, el brazo y la mano del Divino Maestro lanzados a la eternidad son de una naturalidad dulcísima; las manos del discípulo cruzadas sobre sus pobres ropas de pescador, su mirada penetrante



«Jesús y Juan», cuadro de Eugenio Burnand

de lejanías, el entrecejo y la frente ple-
gados de inquietud, son un profundo in-
terrogante lanzado hacia el misterio que
empezó a revelarse en esa, tal vez pri-
mera, lección del Maestro. Es el pliegue
interrogante del alma que habrá de
acentuarse luego en la isla de Patmos
(JERONIMO BOSCH; «San Juan en Pat-
mos», Berlín, Friedrich Museum) al lograr
la visión de Apocalipsis que, a su vez,
nos dejará a los hombres para nuestra
inquietud, para nuestra lucha, para la
acción agónica del alma. Quien no viva
hoy, que no es tiempo seráfico, con ese
pliegue intelectual en la frente y ese do-
lor agónico en el corazón no vive, ple-
namente, en cristiano.

Apliquémonos esto los cartageneros
procesionistas que en una y otra de las
Cofradías rendimos culto a San Juan
Evangelista y Apóstol. Cuando el Vier-
nes Santo pasa ante nosotros el maravi-
lloso tercio Sanjuanista y el ascua de luz
y de flor que rodea la magnífica talla de
Capúz, cuando estandarte y rasos pasan
ante nuestros ojos aquellas expresiones
del texto evangélico: «In principio erat
Verbum»... «et Verbum caro factum est»,
«et habitabit in nobis» debemos pensar
en algo más que en el ritmo acompasa-
do de tambores, luces, penitentes, soni-
do, luz y aroma delicados y fragantes
que penetran nuestros sentidos. Porque
en el mismo texto está aquello otro, ter-
riblemente dramático, cuya drama per-
dura en los siglos del «mundus eum non
cognovit»... «et sui eum non receperunt».

Tengamos, pues, ante nuestra alma al-
go más que la calbagata luminosa y flo-
rida y por eso es altamente loable este
propósito de nuestra Cofradía de hacer,
con motivo de las «bodas de plata» de
la Agrupación de San Juan, ilustración
histórica, religiosa y artística sobre la
figura entrañable de este Apóstol, figura
basal del cristianismo y el sentido pro-
fundo de su iconografía; esa iconografía
mucho menos conocida de las gentes
que la de políticos, deportistas y fotogé-

nicos de la pantalla y que es, de una ri-
queza inmensa en la que late el fondo
teológico y universal del Evangelista y
su pasión «humanae atque divinae» en
su amor del discípulo por el Maestro.

Maravilloso es el itinerario estético-ico-
nográfico de San Juan Evangelista y no
soy yo el guía adecuado, ni mucho me-
nos. Pero es siempre consolador reco-
rrerlo; más consolador y compensador,
ahora, en tiempos brumosos de existen-
cialismos sin esencias divinas y de daliís-
mos extravagantes y psicoanalíticos. Se
despliegan ante nosotros las creaciones
artísticas como el crecimiento espiritual
de un ser viviente, desde una infancia
candorosa y sencilla (pinturas y tallas
del arte cristiano primitivo) hasta una
bella y jugosa madurez que, en nuestro
itinerario van a marcar las imágenes de
Salcillo, de Capúz y los salidos del
taller de Benlliure, imágenes que nadie
como nosotros, cartageneros y murcia-
nos, pueden admirar y saborear.

No abundan las representaciones en
el primer milenio del cristianismo. Sin
hostilidad franca para las imágenes, el
arte cristiano primitivo no representaba
a Dios y no aparece imagen tallada al-
guna de Cristo crucificado antes del si-
glo X; lo que manifiestamente rehuían
aquellos primeros artistas eran las escul-
turas de bulto redondo, esto es, la talla
completa, por no recordar la iconogra-
fía pagana. Si rebuscamos en aquella
época, en evangeliarios, códices, ante-
pendios, miniaturas, mosaicos y vidrie-
ras, encontraremos muy sencillas repre-
sentaciones de un San Juan, sólo, en ac-
titud teologal, hierático en el gesto y
actitud, simple, aplanado sin perspectiva
ni corporeidad en la técnica; tal es «El
Evangelista Juan» miniatura del Evange-
lio de CUTBERCHT, hacia el 770 (Viena,
Biblioteca Nacional). De aquí pasamos
al arte cristiano-oriental o bizantino y
nos encontramos representado a Juan
con otros apóstoles y Jesús, como en el
«Icono de la Transfiguración de Jesucris-
to» mosaico de vidrios, segunda mitad

del siglo XI (París Museo del Louvre) y
en la placa esmaltada de la «Crucifixión»
primera mitad del siglo XI (Munich,
Reich Kapella). De una técnica más deli-
cada es la miniatura «Los Cuatro Evan-
gelistas» de un evangeliario de princi-
pios del siglo IX (Aquisgran. Tesoro de
la Catedral).

Pero Aquisgran, el palacio de Carlo-
magno, y su capilla de Santa María sig-
nifican el momento en que el arte bizan-
tino regenera al decadente occidental y
nacen con gran solidez y empuje de si-
glos, el románico y el gótico, en cuyas
obras ya entra una más directa impre-
sión humana o una mayor imitación de
la naturaleza y del hombre y con este
nuevo aspecto encontraremos
a nuestro Apóstol y Evangelista
en sin número de pórticos, tím-
panos, hastiales y jambas, co-
lumnatas y vidrieras de nu-
merosos templos, monasterios,
abadías y catedrales; de tal mo-
do abundan en esos monumen-
tos y en esa época las repre-
sentaciones de figuras huma-
nas, mitológicas y de anima-
les que se dice de la catedral de
Chartres no tener menos de diez
mil de tales figuras. Destacarán
en esos recuerdos, por la fuerza
expresiva, el bronce de PETER
VISCHER, el viejo, «El Apóstol
San Juan» (Nuremberg. Sepul-
cro de San Sebald, en su Igle-
sia) y la «Cabeza del Apóstol
San Juan», en piedra, de VEIT-
STOSS, en el altar de Santa Ma-
ría (Gracovia. Iglesia de Nuestra
Señora). No se ha de tardar en
una desintegración y separa-
ción de Bizancio y ya en el
transcurso del gótico el ideal
humano ha de ir subiendo en excelsitud
y las interpretaciones plásticas saturán-
dose, cada vez más, de idea y de forma;
así como entrando en sus componentes
las relaciones humanas en lo social y fa-
miliar. la alegría y tristeza, odio y amor,

optimismo y pesimismo. Aparece el San
Juan del amor y del dolor más expresi-
vos en las crucifixiones, descendimientos,
entierros y cenas. En lo escultórico en-
contraremos un grupo en madera con
una factura algo primitiva, arqueológi-
ca, «Cristo y San Juan» hacia 1320, pro-
cedente de Sigmaringen (Berlín. Museos
Nacionales) y una terracota «Llanto so-
bre el cadáver de Cristo», hacia 1405
(Limburgo de Lahn. Museo Diocesano).
Aún el «Cristo en la Cruz» (Munich. Ba-
yerisches Museum) es de una gran im-
presión bizantina por la rigidez, el colo-
rido amarillo ocre y rojo y el empastado
de oro. Surgen ya los grupos de piedad,
pasión y dolor en los que Juan aparece



San Juan Evangelista. El Greco (M. del Prado)

como el discípulo amado y aún el her-
mano, en tanto que instituido por Cristo,
desde la Cruz, como hijo de María. En
El Escorial tenemos el magnífico «Des-
cendimiento» de ROGER VAN DER
WEYDEN (antes de 1443). En Viena

(Kunsthistorisches Museum) está el gran grupo de la «Piedad» de HUGO VAN DER GOES y de la época es también «La Pietá» de autor de la ESCUELA DE AVIGNON, primera mitad del siglo XV (París. Museo de Louvre).

Por esas fechas ya encontramos al Evangelista y Apóstol en las «cenas» de calidad artística, aunque representaciones generalmente anacrónicas. De 1464-1467 se considera una «Santa Cena» de DIERK BOUTS (hoy en Lovaina. S. Pedro) que dice bien poco del drama doloroso del Señor y los discípulos, en aquellas horas de pasión; parece una tranquila comida de frailes en un claro y pulcro refectorio. Ya se adentra, en cambio, en nuestra sensibilidad «La Santa Cena» atribuida a JAUME SERRA, detalle del retablo de Sigüenza, de fecha imprecisa; aquí el Evangelista, a la izquierda de Jesús, está echado sobre la mesa, abatido por el dolor. La obra se encuentra en el Museo de Arte y Arqueología de Barcelona y aparece como una tabla bizantina, tal es la abundancia de oro en los celajes. Los que hemos vivido en Cataluña sabemos como aquellos artistas empleaban el oro, esgrafiado o estofado en sus obras, muy entrado el Renacimiento, en los siglos XIII y aún XV.

Cuando despertamos en el alba humanística del Renacimiento, se rehace la historia de S. Juan, en el Arte, con un acentuado naturalismo. Y hasta sucede que en el marco encantador renacentista hay maestros que se permiten el recreo de representar personajes evangélicos por gentes conocidas de su sociedad contemporánea, vestidos y ambientados en su propia época florentina, por ejemplo, Ghirlandajo, refiriéndose al «Bautista» en el «Nacimiento de San Juan»; proceder que observó en otro «Nacimiento de San Juan» ALTDORFER, un discípulo de Durero, de la Escuela de Nuremberg, ciudad, que como sabemos, es, en Arte, la Florencia alemana.

Pero en Alemania, en Wittenberg, en los primeros años del siglo XVI ini-

ciaba Lutero la Reforma protestante y esa escisión del mundo cristiano, iba a reflejarse en el arte de la época y la vamos a encontrar, enseguida en las representaciones del Evangelista. RUBENS, de la Flandes católica nos legó un «San Juan Evangelista» (Madrid. Museo del Prado) de una gran belleza y dulzura ante el cáliz del Sacrificio y ALBERTO DURERO, en la Nuremberg de la Reforma (su cabildo la aceptaba en 1525) pintó las dos tablas de «Los Apóstoles San Juan, San Pedro, San Marcos y San Pablo» (Munich. Pinacoteca Antigua) en donde la gran figura del Evangelista, ante las Escrituras, tiene en su amplísima frente una atormentada expresión del intelectualismo luterano. Encontramos al Apóstol en «La Sagrada Cena» de RUBENS (Milán. Galería Brea).

Vamos a trasladarnos a países donde un sol más radiante caldea y matiza los sueños de belleza del renacer clasicista, donde el gran Renacimiento se desgrana en los momentos sienés y florentino y las escuelas milanesa, umbriana y romana que multiplican los grupos de «Cenas» «Crucificados» y «Descendimientos». Una desgarrada expresión dolorosa del Discípulo se encuentra en el «Cristo crucificado» de JACOPO BASSANO, de 1562 (Treviso. San Teonisto); en un barro de BARZOSO «El descendimiento de la Cruz» (Milán. San Sático), un «Descendimiento de la Cruz» de Rocco Marconi (Venecia. Academia). Del florentino FRA. BARTOLOMEO es el gran grupo «Piedad» (Florencia. Palacio Pitti) de una elevada expresión de armonía de figuras y caracteres en la que aparece la cabeza del Señor enmarcada entre las de María y San Juan. Agregaremos, como conmemorativo de esos hechos de la muerte del Redentor, el «Llanto sobre el cadáver de Cristo» de ANDREA DEL SARTO, hacia 1520 (Viena. Museo de Historia del Arte) en donde la gran virtud del maestro florentino, la carnación de sus figuras va envuelta en una delicada atmósfera de ensueño que presta

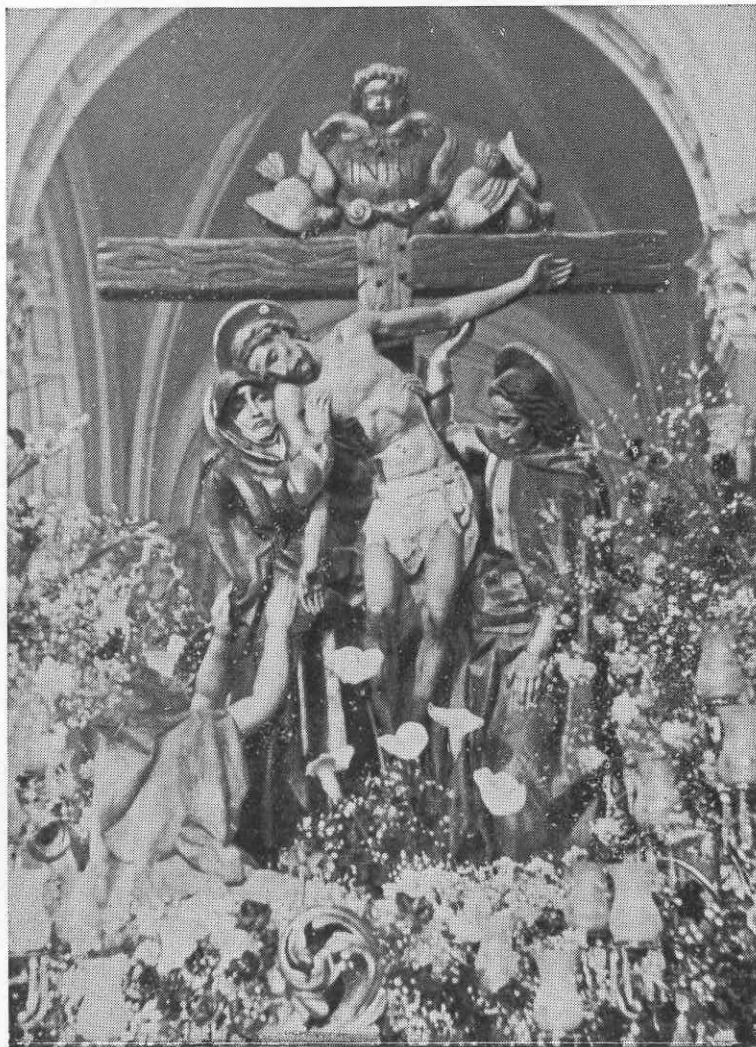


IMAGEN DE SALZILLO DESAPARECIDA EN 1936

divinidad a las caras doloridas de la Madre y el Discípulo.

En esas composiciones de figuras apostólicas llamadas «cenas» los artistas hacen figurar al Evangelista en el momento del «*unus vestrum*» (en Leonardo de Vinci) o en el de la «consagración del pan» (en Juan de Juanes).

es una figura llena de dulzura y de nobleza humanas dentro de la especial armonía de todos los grupos. Otro fresco, (cerca de Florencia, Convento de Salvi) de 1527 es «La Sagrada Cena» de ANDREA DEL SARTO, también del momento «*unus vestrum*» nos situa al Discípulo a la izquierda de Jesús, en actitud inte-



Talla del Evangelista en el Descendimiento. Capúz (Gofradía Marraja)

En «La Santa Cena» de LEONARDO DE VINCI, fresco en el refectorio de Santa María de las Gracias (Milán 1497) ya desaparecido definitivamente por el furor bélico de la última contienda mundial, San Juan, a la derecha del Maestro,

rrogante, angustiosa; pero esa y las demás figuras tienen junto al sentimiento de belleza cierta, elegante envoltura aristocrática como era frecuente en las obras del autor. Ya es mucho menos destacada la presencia de San Juan en

las Cenas, de FEDERICO BAROCCIO y del TINTORETTO 1560 (respectivamente en Urbino, Catedral y en Venecia, Scuola di San Rocco) son cuadros muy movidos y muy poblados con figuras subalternas. Creemos más cerca de nuestra interpretación cordial española de aquellos momentos de la Pasión, las dos pinturas del valenciano JUAN DE JUANES: derivadas de influencia leonardesca en el agrupamiento, se refieren al momento de la consagración del pan: en la del Museo del Prado, el Discípulo, a la izquierda de Cristo, tiene una expresión mucho más transida de dolor que en los maestros italianos; en la de la Catedral de Valencia, Juan, en la misma situación topográfica, está ya más abatido sobre el pecho del Señor.

Pero volvamos a Italia donde a la grandeza estilística del Renacimiento van a seguir unas escuelas que apuntan al barroco o son ya el barroco mismo; en la parte septentrional se desenvuelven en el siglo XVII dos escuelas: la «eclectica» o boloñesa (a la que pertenece el Domenichino) y la naturalista (a la que pertenece Caravaggio). EL DOMENICHINO pintó un «San Juan Evangelista» (Museo del Ermitage. San Petersburgo) con las Escrituras en actitud teológica. EL CARAVAGGIO (su nombre MIGUEL ANGEL MERISI) nos dejó en «El Santo Entierro» (Roma. Pinacoteca Vaticana) una composición naturalista revolucionaria, envuelta, como otras obras suyas, en un tenebrismo dramático. De esta influencia tenebrista es el arte del GUERCINO, pero con mucha más transparencia en el color y el claroscuro, que nos dejó un «San Juan Evangelista» con la pluma y las páginas del Testamento (Dresde. Antiguo Museo Real). Dos obras importantes hay que recordar también, de esta época. Una es la admirable talla policromada de JUAN DE JUNI, «Entierro de Jesucristo» hacia 1507 (Valladolid. Museo) en la que la Virgen y San Juan aparecen abrazados por el dolor, sobre el cadáver de Cristo; Juan de Juni esgri-

me en esta obra (y en casi todas las suyas) una gran sensibilidad para las situaciones dolorosas y esta composición está perfectamente compenetrada con las angustias y las actitudes humanas ante la muerte. Otra es la pintura de CARLO DOLCI «San Juan Evangelista», del año 1671 (Florencia. Palacio Pitti). Dolci, representante del seiscientos florentino, hace compatible en este cuadro la sensibilidad religiosa con la sensualidad del tipo representado, con la pluma, el Evangelio, a su lado el águila simbólica y la mirada puesta en la altura. Con muy análoga actitud de teólogo nos dejó ALONSO CANO (1601) su «San Juan Evangelista» del Museo del Prado, Madrid.

Y ahora que el tema no está agotado, en modo alguno, pero casi agotado el que esto escribe, que, por otra parte, nunca tuvo dotación para esta empresa, llegamos al momento histórico en que los artistas españoles dan interpretaciones supremas al drama de San Juan. En la pintura y escultura españolas, los tipos representados se han ennoblecido, aumenta el realismo en la ejecución de la forma pero misteriosamente (misterio que culmina en El Greco) la expresión adquiere un misticismo ideal. De PEDRO BERRUGUETE, pintor de la Corte de Felipe el Hermoso es un «San Juan» del tipo de los teólogos, en una tabla de la predela del retablo mayor de la Catedral de Avila. Entra el Evangelista en grandes composiciones de JOSE DE RIBERA valenciano que en «La última comunión de los Apóstoles» (Nápoles. Cartuja de San Martino) supera en la suavidad de la luz, la perfección del dibujo y la nobleza de los tipos, a su inspiración italiana; de otro valenciano, FRANCISCO DE RIBALTA, es «La última cena» (Valencia. Museo Provincial); del cordobés-sevillano VALDES LEAL es «San Juan y las Marías camino del Sepulcro», tal vez más realista que Ribera pero suavizado con las dulzuras de Murillo.

Apartamos las obras del Greco para

un comentario final y, dejando los dominios de la pintura, saltamos al terreno de la plástica por excelencia y a la excelente altura de la obra inmortal del Salcillo de ayer y las grandes creaciones del admirable Capúz de hoy mismo. Después de la tendencia realista de los escultores castellanos que discurre desde Alonso Berruguete a Gregorio Fernández y su continuación, dentro de una vena estrictamente española, por el grupo de andaluces del que consideramos representativo a MONTAÑEZ que tiene un «San Juan Evangelista» (Sevilla. Retablo de Santa Clara) esa vena artística desemboca en el gran corazón murciano de Francisco de Salcillo que vivió desde 1707 hasta 1783.

El tratadista M. Karlinger, insertó en el barroco el sentimiento universal del «pathos» y creemos, en efecto, que esa gran corriente, ese gran sentimiento de la historia que desde el helenismo nos ha venido acompañando o más bien, empujando en este itinerario, ha permitido plasmar en Salcillo (y no deja de verse en la cabeza de San Juan, de Capúz) la gran pasión dolorosa, del discípulo amado, en un grado muy superior a lo que la escultura nos había ofrecido antes. Cuatro obras sobre San Juan, de SALCILLO debemos recordar. El San Juan de la «Oración del Huerto» que durmiendo profundamente descansa su cabeza sobre el brazo extendido y se ha calificado como un gran estudio de actitudes; el del retablo de Santa Ana, de Murcia, retablo que es un Evangelista con el libro en su mano izquierda, gran expresión en el rostro y un gran conjunto airoso y elegante; gran talla de la Iglesia de Jesús en la que nada es estático, cabeza, cuello cuerpo maravillosamente vestido, pliegues del ropaje que alcanzan una insuperable perfección y que envuelve a una figura que vive, predica y anda por una sublime transformación de vida, de la mente creadora de Salcillo a la materia inanimada. Ante esa imagen, airosa como ninguna,

siempre recordamos aquello de que «la forma es un movimiento detenido». Pero, en este caso, movimiento de siglos, de espíritu, de emoción de eternidad, del seísmo universal que al conmover al mundo clásico tuvo su epicentro en aquellas orientales orillas de este mismo Mediterráneo que hace salobre, templada y marina la perfumada noche de nuestro Viernes Santo; allí se dió esa conjunción de razones y emociones de ideas y sentimientos que nos trajeron la verdad, la bondad y la belleza del ser cristiano... Y la otra obra inmortal de Salcillo que nos queda por señalar ya sólo existe en recuerdo; esa el San Juan de nuestra Cofradía que veíamos los cartageneros en los días de Pasión y Muerte, el que parecía llorar interiormente por todos los dolores, por todos los homicidios que siguieran al gran decido del Gólgota. En sus ojos, llenos de luz, suavemente abiertos o dulcemente entornados, recogía el dolor universal y en su expresión delicada, suprasensible, borraba la distancia entre el hombre y el ser angélico.

Nuestro contemporáneo Capúz nos entregó dos obras maestras cuya crítica no me corresponde porque ya está hecha por quienes son críticos de arte; yo no lo soy. No soy más que uno de los cartageneros que cada año admira más la obra de este escultor. El gran grupo del «Descendimiento» en el que tan bien valorada está la figura de nuestro San Juan, me parece (es un parecer personal) una gran plasmación, por sus planos, perspectiva y ambiente, de la idea religiosa del gótico; es un descendimiento en la realidad, pero resulta una ascensión ideal, tiene la tendencia a la altura, a la busca de Dios, el fervor o hervor, ascendente del gótico. Es un agrupamiento que nos hace dudar de que la pintura sea el arte de mayor riqueza expresiva. Su otra gran obra la cabeza de San Juan Evangelista es de una gran idealidad, supera al realismo conjuntado la expresión mística y la ejecución

clásica; el tiempo no hará más que aproximar en esa obra la inspiración mística española con la severidad de la concepción clásica.

Pero volvamos años atrás y detengámonos en quien intentó alcanzar la expresión unilateral exclusiva del misticismo en la obra artística, en aquel DOMENIKOS THEOTOKOPOULOS, el GRECO. Vino de una isla mediterránea, Candía, que mira por igual a Grecia y a Oriente y fué en Toledo donde, definitivamente, quiso suprimir la sensualidad mediterránea y aún toda otra sensualidad, en sus creaciones; loco e ilusionado empeño, que le llevó a prescindir de todo canon corporal... Así se acercaba más a pintar almas. Dos de sus obras interesan a estos recuerdos; el «San Juan Evangelista» que Domenech llama mejor, Apocalíptico, de Santo Domingo el Antiguo, Toledo y el otro «San Juan Evangelista», con el Sagrado Cáliz en su mano derecha (cuadro de la Colección del Marqués de San Felice, Oviedo) «teólogo» por excelencia, cara cuerpo y ropaje celestiales donde las líneas color y sombras tienen un delicado trémolo de ánima, como uno de los alcances más lejanos en el sublime intento de pintar almas; porque ese es el secreto del Greco, dice Marañón, ya que no pudo pintar almas, hacer «figuras que no son hombres sino imágenes».

* * *

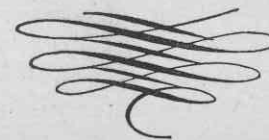
La predestinación divina de San Juan no ha de servir solo para la inspiración de las creaciones artísticas. Si tenemos en cuenta que la patrística considera a

Juan hijo de Zebedeo como el «Teólogo» fundamental, si recordamos que cuando desde la Cruz al ser hecho ideal hijo de María, vino a representar a la Humanidad toda, si conocemos que, etimológicamente, Juan, significa «herma-



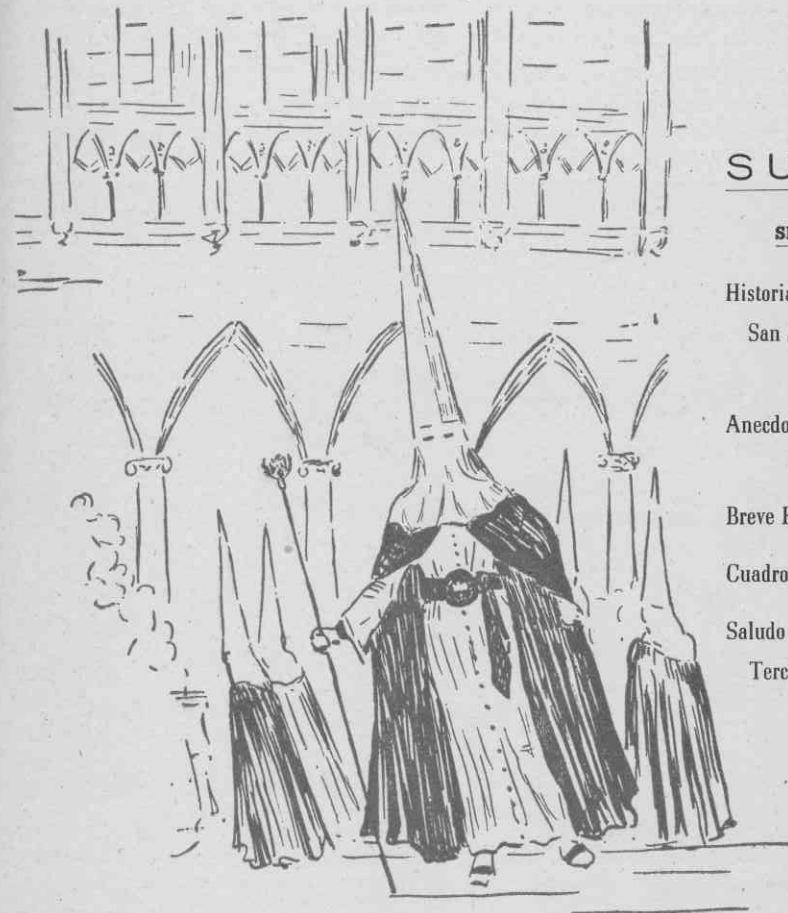
Imagen de San Juan Evangelista
tallada por Capúz

no», ahí tenemos los hombres todos, artistas y no artistas, la fuente de inspiración para una gran obra de arte que, dentro del marco duro que la vida nos pone, podamos colocar con luces y colores eternos, los del fraterno amor.



El San Juan Marrajo recorre las calles cartageneras pleno de belleza, de arte, de dulce emoción. El fervor de sus cofrades lo acompaña y todo es exacto en el piadoso cortejo procesional: El paso, las distancias, el ritmo, el silencio... Hasta la blancura de las túnicas de estos nazarenos marrajos sanjuanistas.

Maria Segarra Salcedo



SUMARIO

SEGUNDA PARTE

Historial de la Agrupación de San Juan Evangelista.

Federico Casal

Anekdótico Sanjuanista.

Juan J. del Valle

Breve Historia de un estilo.

Cuadro de la Agrupación.

Saludo a los favorecedores del Tercio.

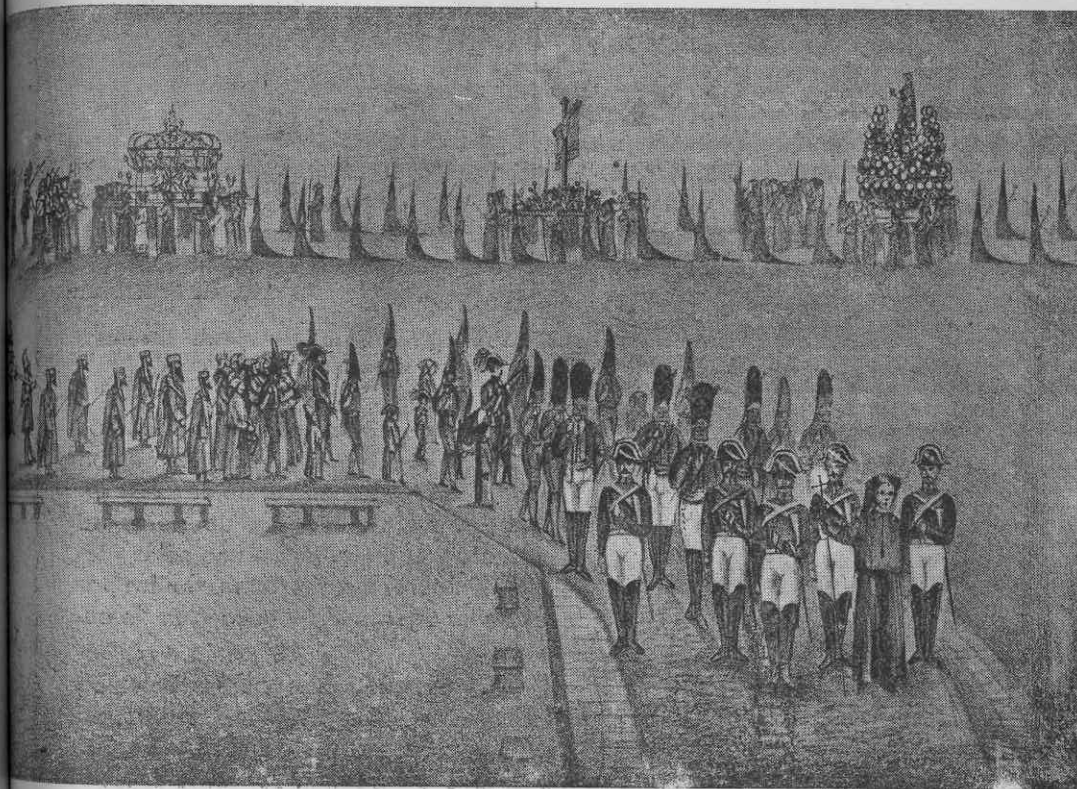
Historial de la Agrupación de San Juan Evangelista, de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

Por FEDERICO CASAL

(Cronista Oficial de Cartagena y Correspon-
diente de la Real Academia de Historia)

Se carece de noticias exactas sobre la fecha en que se creó el Tercio de SAN JUAN en el seno de la Real e Ilustre Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno; no obstante, parece comprobado que

con el popular nombre de Hermanos Marrajos, por ser costeadada su primera salida con el producto de la venta de un escualo de esta especie, pescado en la Azohíc.



La procesión del Santo Entierro en 1872 a su paso por la Glorieta de San Francisco.
Al fondo el Tercio de San Juan. (Dibujo de Barado)

fué uno de los primeros con que contó ésta, tanto en su primera fundación en el siglo XVI—bajo la advocación de la Virgen del Rosario, denominada Hermandad y Compañía de la Pesquera—: como en la del XVII— que fué conocida

Nos informa el cronista Bartolomé Comellas que en la procesión del Santo Entierro en 1872, los penitentes del San Juan, vestidos con túnicas y caperuzas blancas y gruesos blandones en las manos, acompañaron a su imagen colo-

cada en magnífico trono «bruñido en plata de contornos y molduras bien combinadas; hermosas revolutas y cartelas tachonadas de mil flores blancas y verdes, algunas de color de fuego y de esmeraldas figurando clavos romanos y rosetones entre rizados de plata; las bombas de cristal báneo y otras de color en forma de lirios y tulipanes; las unas formando curvas y galerías y otras agrupadas en forma de pirámides que se elevan sobre los ángulos de la plataforma y del segundo cuerpo, hace parecer que un trozo de gloria ha descendido sobre la tierra para eclipsar la de los que en ella yacen desterrados».

Su carácter de Agrupación arranca del año 1926 en que fué fundada por un grupo de jóvenes reunidos a tal fin en el desaparecido Club Gavira, siendo su primer presidente D. Manuel García Ver-



Imagen del titular, de Salcillo (1750) desaparecida en 1936



Así vestían los penitentes cuando se fundó la Agrupación de San Juan

dugo. Hasta esta fecha la formaban los penitentes que lo interesaban, en unión de soldados de la guarnición de la Plaza, vistiendo túnicas blancas de percalina con cola y capirote del mismo color y tejido; vestiduras que fueron sustituidas por las de lana y raso que llevan en la actualidad.

La madrugada del Viernes Santo de 1930 sorprendió a este Paso esperando inútilmente el cese de la lluvia para echar a la calle la Procesión del Santo Encuentro, por cuyo motivo se acordó que cada uno de los penitentes depositase ante la imagen del Nazareno la limosna de diez céntimos, invocando su protección para que terminase aquella, ruego que fué atendido hasta el punto, que breves momentos después se despejaba el tiempo y hacía posible el desfile de la Cofradía.



Componentes del Tercio en 1934



Penitentes de 1935, presididos por el Excelentísimo Sr. D. Miguel Maestre Zapata



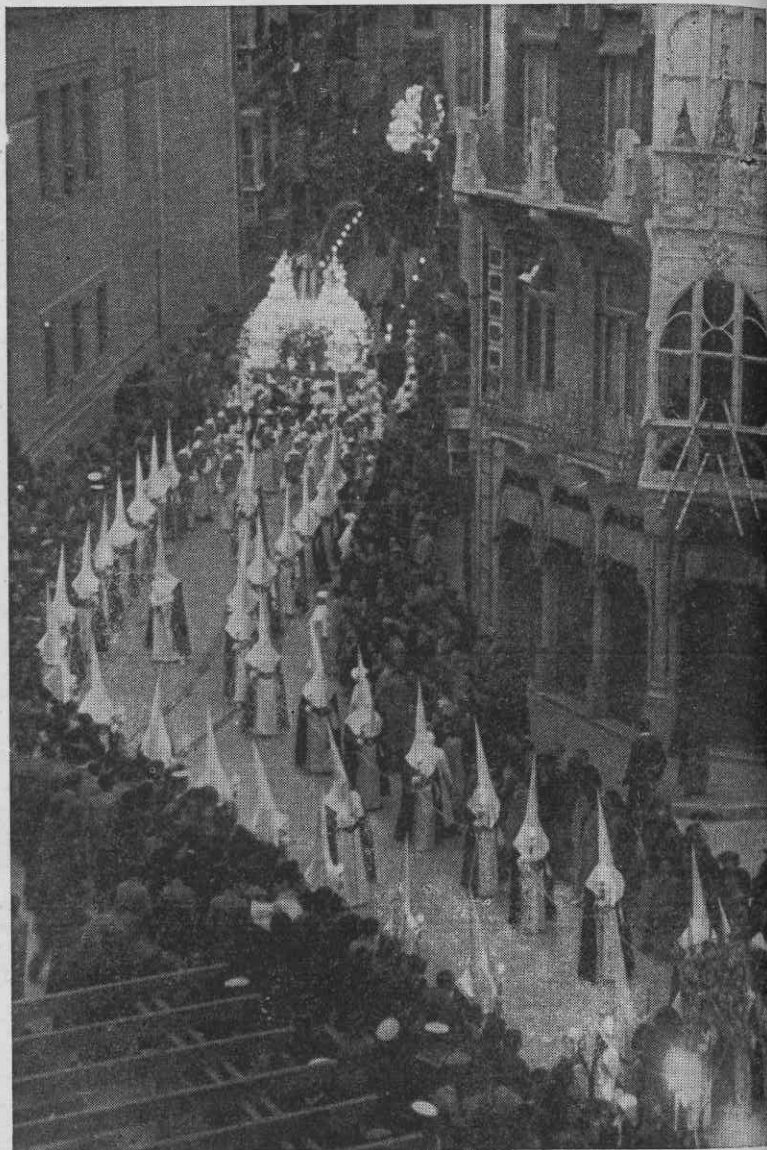
El Tercio de 1951 espera su salida en los vestuarios de la Cofradía.

Tres
Promociones
de
Sanjuanistas



En este mismo año, figurando como Presidente D. Jacobo Sanchez Rosique, se estrenaron los hachotes metálicos que vinieron a sustituir a los de madera y hojadelata que usaron hasta entonces, y es notorio que para abonar el último plazo del importe hubo de empeñar su reloj de oro el hermano Matías Lopez.

Probablemente no se presentará para la Agrupación, Semana Santa de mayor actividad que la de 1933; en ella se formó el Tercio de Granaderos que hizo el pasacalle y figuró en la Procesión de la Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón de Murcia; el Miércoles Santo vistió el paso de San Juan Evangelista de la Cofradía California a requerimiento de la misma, fijándose como expresa condición que se sustituiría el gorro de plumas con que se tocaban sus componentes, por los capuces blancos de los Marrajos. En el mismo desfile dieron escolta de Granaderos los Hermanos que no tuvieron plazas como Penitentes. Todo lo cual, no se impidió que obtuviese un



El San Juan en la Procesión del Santo Encuentro de 1950

jo el desaparecido Arco de la Caridad. En este mismo año, siendo ya Presidente D. David Nieto Martínez, se adquirió el magnífico Sudario que figura en los des-

gran éxito en los dos desfiles Marrajos que siguieron, presididos por D. Nicolás Sanz Cabo.

Nuevamente obstaculizó la lluvia esta Procesión en el año 1934, poniéndose en el mayor orden a resguardo de ella, ba-

files pasionarios de hoy, adquirido con los ingresos obtenidos por el Grupo Artístico dirigido por el entusiasta Sanjuanista D. Antonio Vera García, que recorrió los pueblos de la comarca en simpático peregrinar al objeto de recaudar los fondos precisos para esta obra. Poco tiempo después fué nombrado Presidente Honorario el Excmo. Sr. D. MIGUEL MAESTRE ZAPATA, quien presto una valiosísima ayuda a la Agrupación, costeando por último la construcción del actual Trono del Titular, que es sin duda el modelo de mayor grandiosidad y más puro estilo cartagenero que poseen hoy nuestras Cofradías, y que se debe al artista Aladino Farrer.

Durante la campaña de liberación se perdió además de la totalidad del vestuario y hachotes donados por el Sr. Maestre, la maravillosa imagen que tallara el gran Salcillo. La certidumbre de que no fué destruida en los primeros momentos

llevó a los Hermanos la esperanza de encontrarla, por lo que se dedicaron con ahinco a su búsqueda, hasta que, fracasadas todas las pesquisas, se encargó una imagen de circunstancias con la que se salió en la primera procesión de la prosguerra.

La meritoria labor de reorganizar la Agrupación, una vez liberada nuestra ciudad por las tropas nacionales, se realizó bajo la Presidencia de D. Inocencio Moreno Quiles.

Los esfuerzos realizados para restituir lo destruido, dirigidos ya por su actual

presidente D. Miguel Hernández Gómez culminaron en 1944, fecha en la que se sacó la magnífica talla de San Juan, obra de Capuz que ha venido a revalorizar el tesoro artístico de nuestra Ciudad. Durante la gestión del Sr. Hernández Gómez alcanzó el Tercio el pináculo de su fama, lográndose la consecución más depurada de ese estilo Sanjuanista que tan radical transformación ha originado en nuestras Procesiones de Semana Santa.

Su paso, nos dice el «Noticiero del 16 de Abril de 1949 y 24 de Marzo de 1951,



Bodas de Plata. El Titular en el Altar Mayor de Santa María de Gracia

«es acogido con aclamaciones en homenaje a ser los fundadores de este estilo disciplinado con el que desfilan hoy todas las Agrupaciones, en la nueva etapa iniciada por ellos».

Se dotó nuevamente de capas de raso rojo para la Procesión del Encuentro, introduciéndose grandes reformas, como la inclusión de las Hermanos Evangelistas, nuevo juego de valiosos hachotes, adorno del trono, etc.

Simultáneamente se inició la magnífica labor cultural que actualmente despliega, a la par que incrementaba sus fun-

ciones piadosas de todo género, publicando una cuidada edición de las Obras completas del Apóstol San Juan, y a la que siguió más tarde la aparición de diversos ensayos sobre temas Sanjuanistas, como los que figuran en esta Revista, ciclos de conferencias etc., señalándose con todo ello nuevas directrices a las demás Subcofradías cartageneras, que no dudamos imitarán en los límites que a cada una comprenden, como ya



Imagen del Titular, obra de Capúz

hicieron en su organización procesional.

Para conmemorar las Bodas de Plata de su fundación, talla en estos días el insigne Capúz un grupo escultórico que, según nos informa el Vicepresidente D. Julio Más García, está constituido por las figuras de la Santísima Virgen, el Apóstol San Juan y María Magdalena, presenciando el patético trance de la muerte de Dios, nuestro Señor, grupo, que a juzgar por el boceto, será sin duda una de las obras más lograda que salgan de las manos de este artista. El nuevo paso saldrá sobre un soberbio trono de airoso talla netamente cartagenera, cuyo proyecto está ya ultimado.

Otras reformas de gran importancia se llevan también a efecto, con la premura que la proximidad de la Semana Santa impone, y que juntamente con los diversos actos que se celebran con motivo de esta solemnidad, patentizan la pujanza de esta veterana Agrupación cartagenera cuya actividad deseamos se manifieste indefinidamente para bien de nuestras Procesiones que tanto le debe.

UN HECHO Y UNA ANECDOTA DEL SAN JUAN MARRAJO

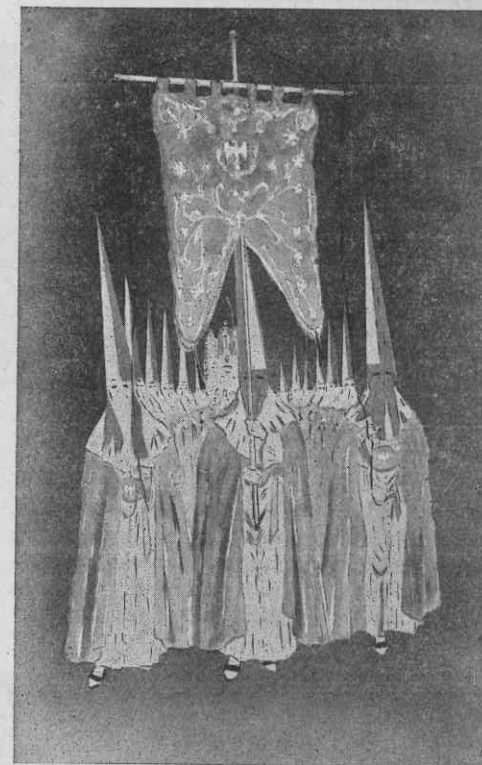
En los muchos años que lleva constituida la Agrupación de San Juan, es lógico y natural que se hayan producido hechos y anécdotas en gran cantidad. Y aún cuando la inmensa mayoría surjan con cariz netamente familiar,—ya que esto ha sido siempre la Hermandad: una gran familia bien avenida—, hay otros dignos de ser conocidos, porque indican bien la disciplina férrea de la Agrupación y el buen humor interno de sus asociados. Por tanto relatemos uno de cada clase para que ambas notas,—la disciplina y el humor—, no falten en esta memoria editada con motivo de las bodas de plata de los sanjuanistas marrajos.

El hecho ocurrió hace ya muchos años. Allá por 1931 o 32, en tiempos bien revueltos de luchas y apetencias políticas. La Semana Santa de Cartagena había tenido, en la fecha de su Miércoles Santo, un desenlace trágico que pudo tener muchas más fatales consecuencias. Cuando los judíos con su Pilatos, marchaban por la calle del Cañón, sonó un disparo sin que nadie supiera, ni se ha sabido nunca quien lo hizo, y un hombre se desplomó muerto. La alarma fué extraordinaria. Los que formaban en la procesión y el público huían, atropellándose en todas direcciones, y el estruendo aumentaba con el estallar de las lámparas de los hachotes metálicos de los penitentes al romperse en mil pedazos contra el pavimento...

Al día siguiente, en el tradicional Cabildo marrajo de ese Jueves Santo que condensa todo el entusiasmo de los morados, se nos habló a todos recomendándonos serenidad mientras algunos hermanos, más timoratos, eran partidarios de no salir. Pero esto no podía ser, se acordó salir como si nada hubiera pasado e inmediatamente después quedaron reunidos los sanjuanistas a fin de leerles instrucciones concretas, basadas y deriva-

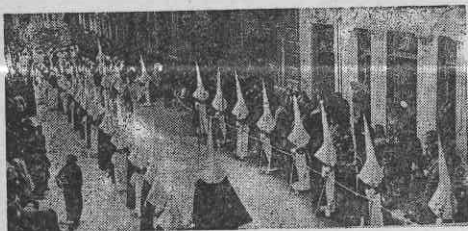
das de una esencial y lacónica: «Pasase lo que pasase nadie debía de abandonar su puesto».

Así las cosas, transcurrió sin novedad la procesión de la mañana. Y, a la noche, los jóvenes de entonces del San Juan, vestíamos las túnicas con la misma emoción que si estuviésemos destinados a efectuar alguna empresa extraordinaria, mientras resonaban en nuestros oídos



los consejos paternos «por si pasaba algo».

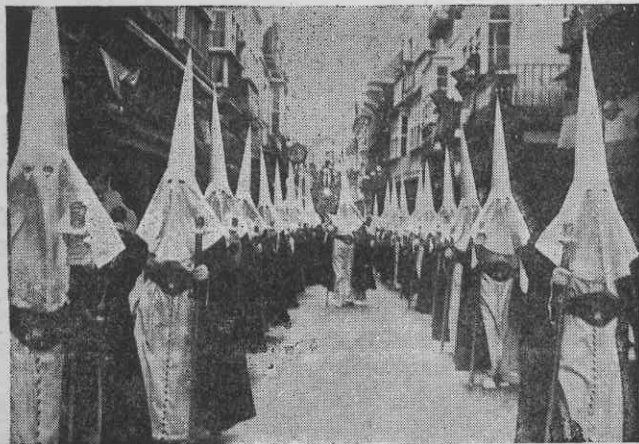
La procesión del Santo Entierro, con las calles atestadas de un público que todavía comentaba lo acaecido el Miércoles, tuvo varias pequeñas alarmas, entre ellas que en la calle de Santa Florentina, una paloma tiró una bomba de cristal del paso de la Piedad con la natural alarma. Y así, en un estado de áni-



mo bien fácil de comprender, llegamos a la Serreta.

Aquello lo recordaremos toda la vida. Yo llevaba el estandarte a mi lado, en las borlas marchaban Pepe Bonmatí y Pepe Barberá. De pronto, en aquel enorme silencio, se escuchó un estallido formidable y la gente corrió tan aprisa que, sin saber por donde se habían marchado, aquello quedó desierto. Judíos y hasta portapasos procuraron también ponerse a salvo y allí quedamos, temblorosos pero sin movernos, los del San Juan. El estandarte se movía nerviosamente pues mis manos le propagaban el temblor que sentía y mis compañeros, muy junto a mí,—tan cerca que podía escucharse el castañear de nuestros dientes—, esperaban como yo y como todos, que empezasen los tiros...

Pero, afortunadamente, no ocurrió nada. Fué todo promovido por un botijo o una maceta que al caer de un segundo piso hizo cundir la alarma. Pero relatamos esto porque San Juan supo mantenerse



pese a los pocos años de todos y cuando la gente volvió a sus puestos escuchamos los primeros aplausos que habían sonado jamás en una procesión del Santo Entierro en nuestra ciudad...

Otra vez, y ahora vamos con la nota de humor, nos encontramos desnudándonos los del «quinteto»,—cinco inseparables de los viejos sanjuanistas—, en el domicilio del «prior», tras la procesión de la mañana. Uno de nosotros se quedó profundamente dormido en un butacón. Al verlo, cerramos todas las ventanas, encendimos la luz eléctrica y volvimos a vestirnos como si hubiera llegado la hora de tener que salir de nuevo y, entonces, despertamos al extenuado compa-



ñero diciéndole con muchas prisas: «Vamos que se nos hace tarde». Y había que ver la cara del buen amigo que no comprendía como «había dormido tanto». Pero, en fin, se vistió entre las prisas nuestras y figúrense Vds. lo que ocurrió cuando descubrió que eran los 10 de la mañana y que el sol de un maravilloso Viernes Santo llenaba de luz y de alegría a toda la ciudad...

Hechos ambos que recordarán los que conmigo lo vivieron y que servirá al leer estas líneas, para emocionarlos tanto como yo lo estoy al escribirlas, retrotrayendo tiempos pasados que no volverán jamás...

Juan Jorquera del Valle

BREVE HISTORIAL DE UN ESTILO

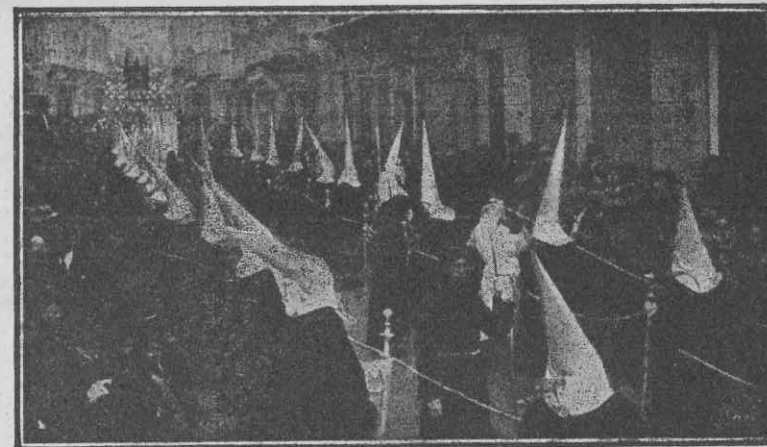
Conmemoramos en esta Semana Santa de 1952 las Bodas de Plata de la Agrupación Sanjuanista Marraja, y con ella algo más que una efeméride fundacional. Celebramos realmente el XXV aniversario de la implantación de un estilo procesional, que ha transformado, cualitativa y cuantitativamente, la esencia de nuestras procesiones.

Por ello, nunca mejor ocasión que la perspectiva que nos ofrece este período de tiempo, para volver la vista al año de gracia de 1927, contemplar por un momento la actuación de nuestras Cofradías, y estudiar, con la rapidez que la limitación de espacio nos exige, la evolución que han experimentado hasta nuestros días.

Nos basta para este fin observar la fotografía del Tercio que ilustra este trabajo, publicada en aquella fecha por la Revista «Cartagena Ilustrada» y en cuyo pie nos presenta «un detalle de la procesión del Viernes Santo en el que se aprecia el magnífico orden de las procesiones cartageneras». La colocación de los Capirote, su dudoso recogimiento y espíritu de penitencia, llenaría de estupor al Hermano Vara de nuestros tercios de hoy, que presenciara esta escena; y sin embargo, esto era un dechado de perfección en aquel tiempo. Los penitentes,—en gran número soldados de la guarnición—abandonaban el hachote a manos de los portacables, en

la puerta del primer café que cogían al paso; y frecuentemente, hasta que las Autoridades hubieron de prohibirlo como medida de seguridad, arrojaban sus dulces proyectiles a los balcones en la cantidad que permitían los bolsos que deformaban sus túnicas.

En esta situación, los jóvenes componentes de la Agrupación de San Juan Evangelista de la Cofradía Marraja implantan su austera disciplina. Hacen voto de silencio. Pronto la inmovilidad en



El Tercio de San Juan en la época fundacional

las paradas es perfecta. Su atención, por encima del cansancio y de las penalidades que sufren, se centra en los Hermanos que los dirigen. Todo ello no se hace por pueril alarde exhibicionista, sino como sacrificio que ofrendan a la mayor gloria de Dios Nuestro Señor, a través de su amado Discípulo.

Se crea un sistema para que los penitentes inicien su marcha simultáneamente, y se detengan todos al mismo tiempo, resolviéndose cuantos inconvenientes provocan en la marcha la sujeción de los cables.

El ejemplo cunde, y ya en 1935 son varias las Agrupaciones que se unen a esta corriente.

La guerra barre nuestra Península, y en ella desaparece la maravillosa imagen que Francisco Salcillo tallara para este Tercio, con la totalidad de su vestuario hachote, etc. Pero la semilla no se pierde; tras la liberación, un grupo de Sanjuanistas levanta el estandarte y el Tercio, humildemente vestido, con gente joven en sus filas, arranca entre el entusiasmo de todos.

La inspiración de Capúz crea una magnífica obra de arte con la imagen del Titular, y se restituye, con mayor magnificencia, todo lo desaparecido. El espíritu de emulación se extiende a todas las

ritu de sabiduría y entendimiento» (Ecli 15), en diversos artículos en la prensa y radio.

Se editan las obras completas del Apóstol, y a ellas siguen diversas monografías sobre San Juan Evangelista.

En el aula Sanjuanista dan su lección un selecto conjunto de personalidades de la Ciencia y de las Letras. Y por último, entre diversos actos que sería prolijo enumerar, se convoca un certamen literario para premiar el mejor estudio sobre el Titular.

Esta nueva manifestación del estilo Sanjuanista, constituye una segunda etapa en la evolución de nuestras Agrupa-



Primeras Procesiones de la postguerra

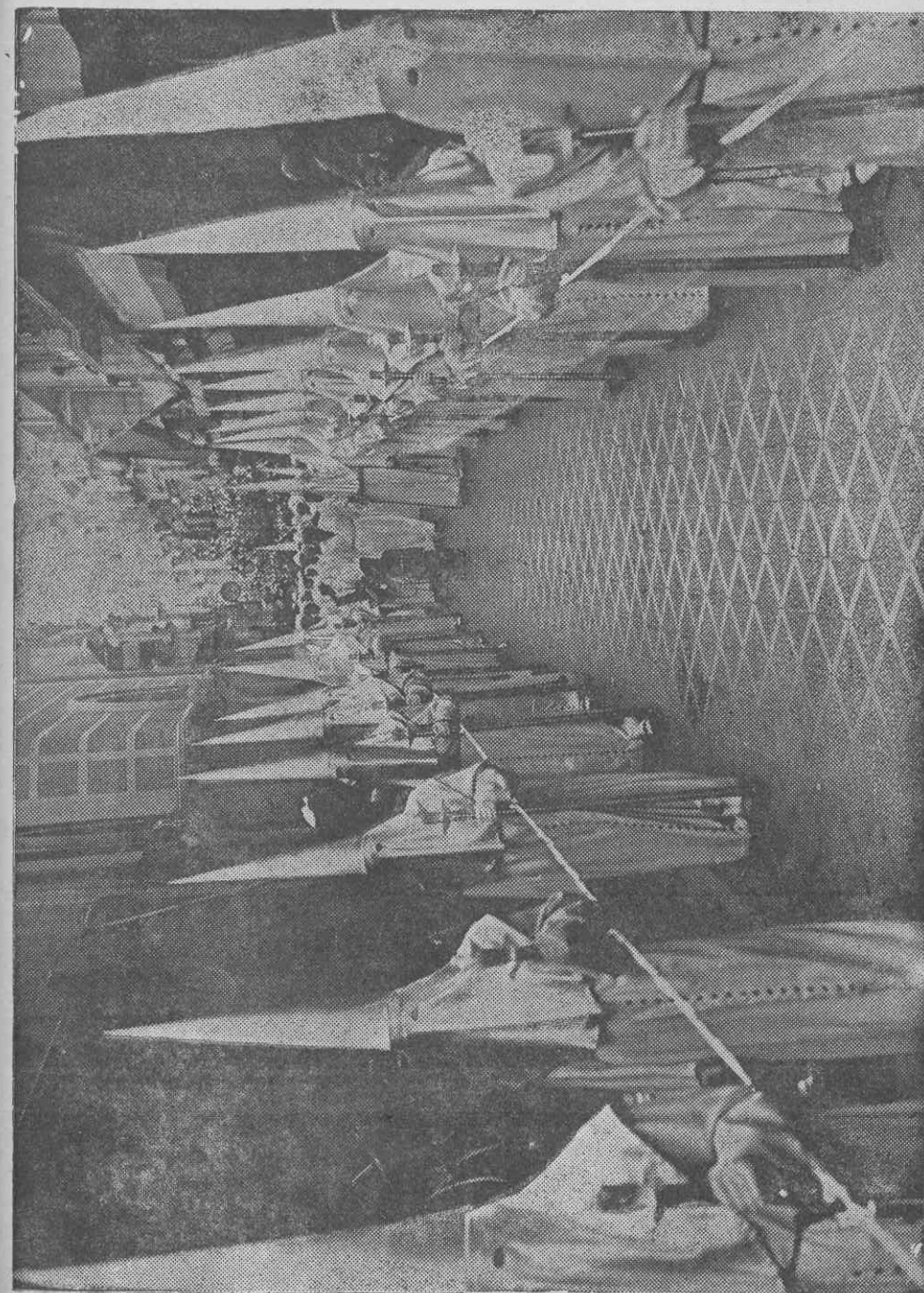
Cofradías, y ya no hay un solo paso que no nos edifique con su impresionante recogimiento y admire por su formación perfecta. La obra está hecha. Las procesiones cartageneras se crean renombre universal, y las apasionadas críticas que se promueven desde otros sectores procesioniles, no alcanzan a su organización, y fervor religioso, que se considera por encima de toda ponderación.

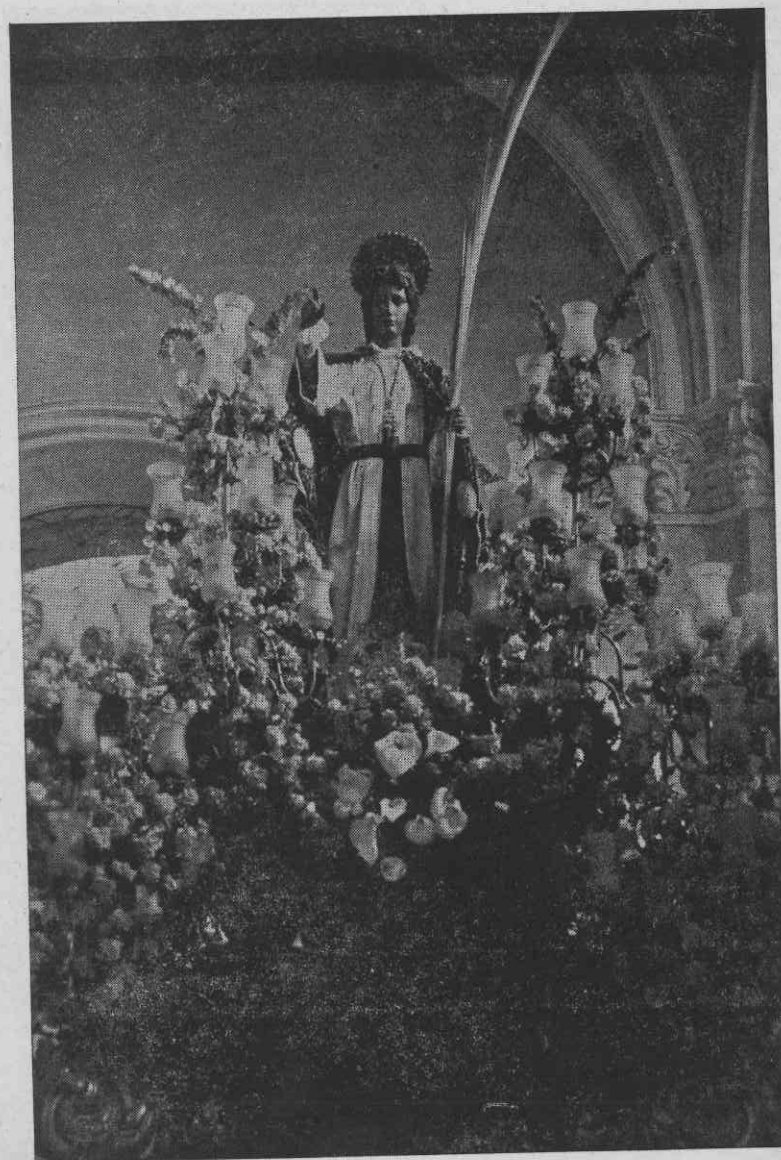
Más tarde, la actividad de esta Agrupación supera los límites iniciales, desarrollando una gran labor cultural divulgadora de la excelsa palabra salida de aquella boca que el Señor «llenó de espí-

ciones, que deben cubrir éstas, centrándola en las enseñanzas y meditación que nos sugiere el acto de la Pasión que cada una representa.

Mientras no se alcance esta meta y podamos por ello hechar al vuelo las campanas de nuestra alegría, conmemoramos este año la implantación de nuestro estilo procesional, asistiendo a los diversos Actos dedicados a tal fin contemplemos el paso silencioso, varonil y rítmico de San Juan Marrajo, que este año debe llevar prendido en el vuelo de sus capas el cariño y el respeto de todos los cartageneros.

Epoca de la re-
organización.
Sin capas, sin
cíngulos vis-
tosos, el San
Juan no pierde
su belleza y
armonía.

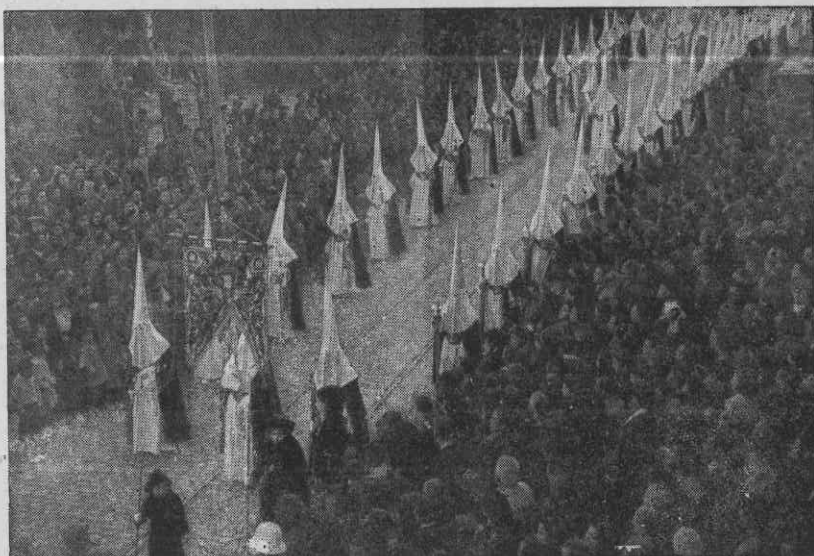




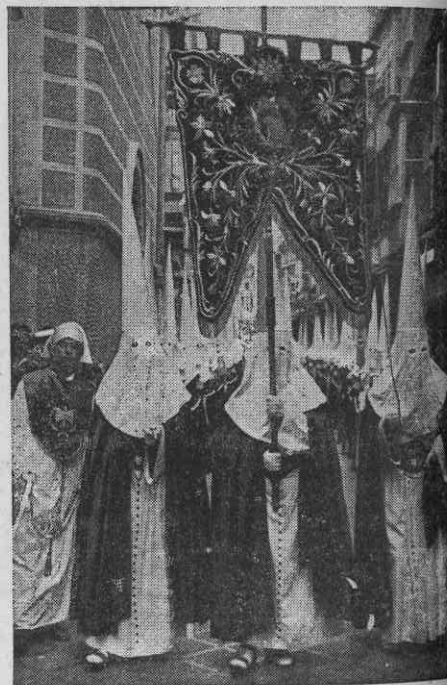
Así se adorna el trono de San Juan



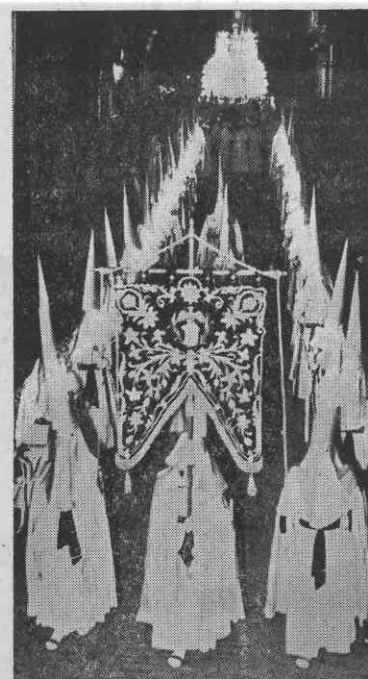
Espléndido perfil del Titular, captado por Stuyck



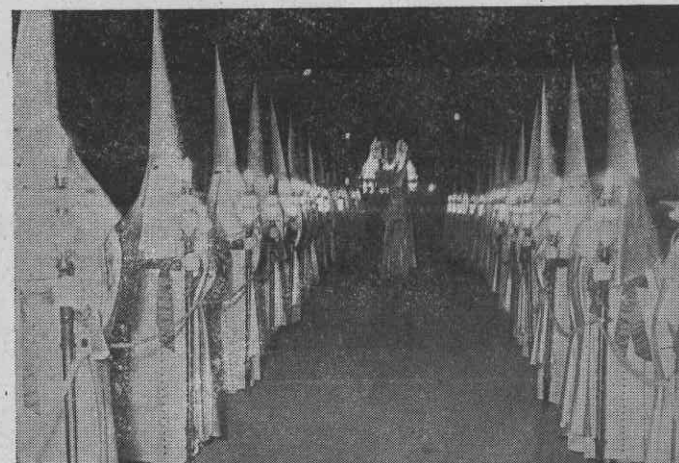
La lluvia no es obstáculo para la procesión, se sale sin cable



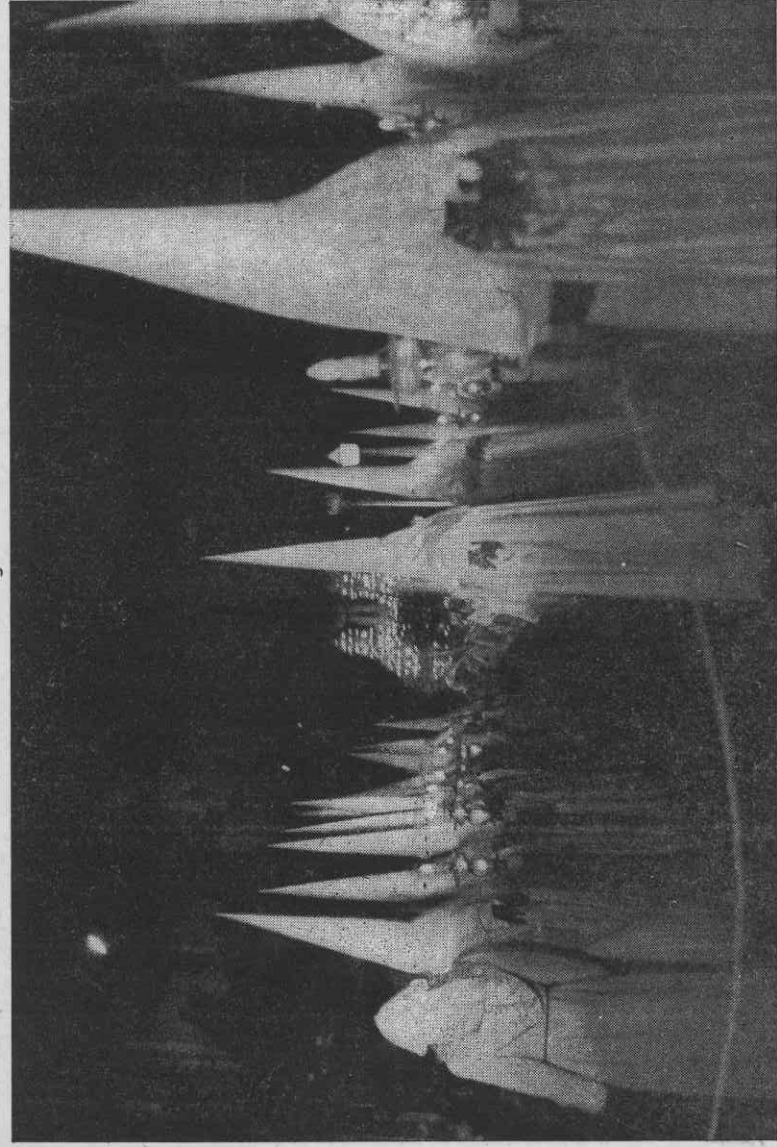
Avanza el estandarte



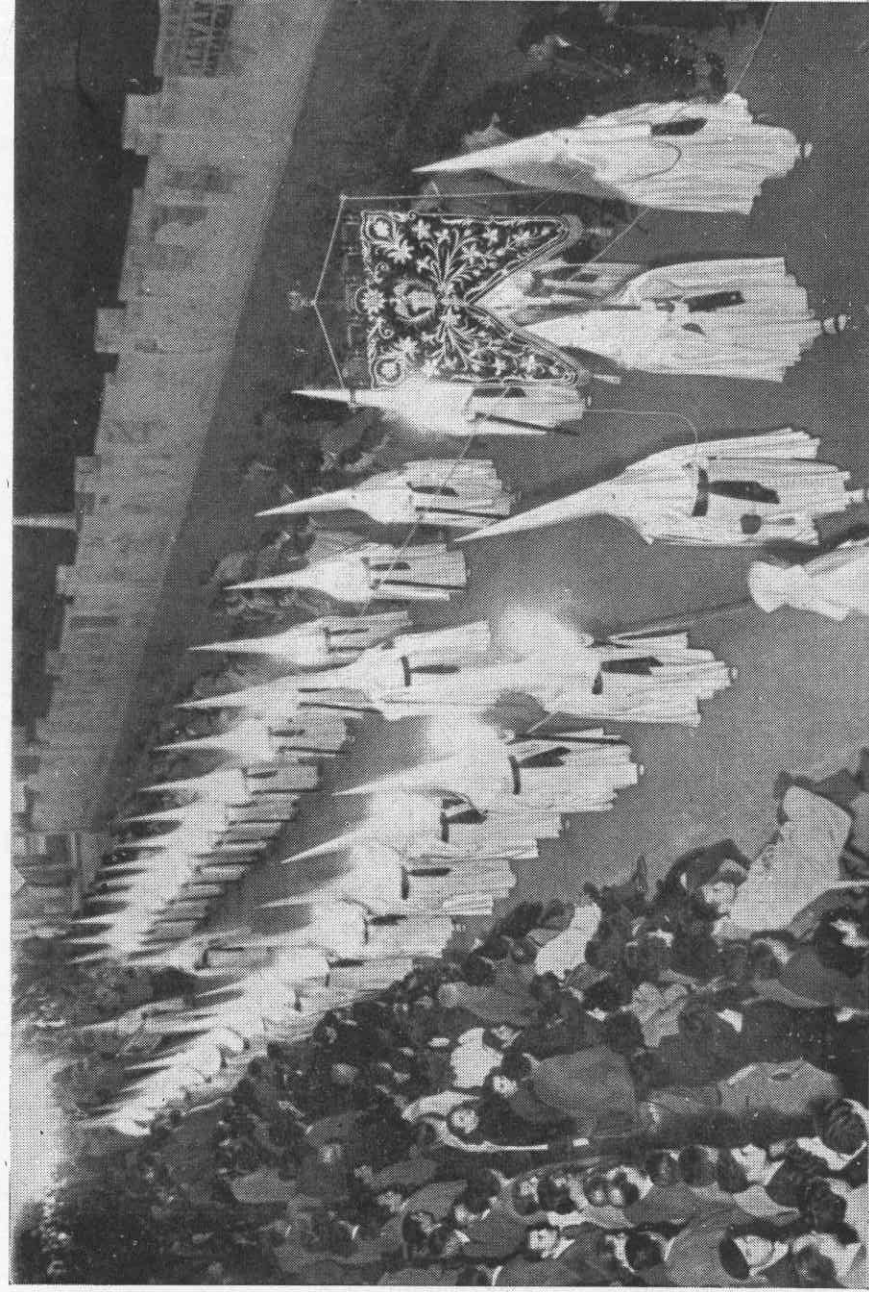
Magnífica perspectiva del Tercio, a su paso por la calle de Osuna



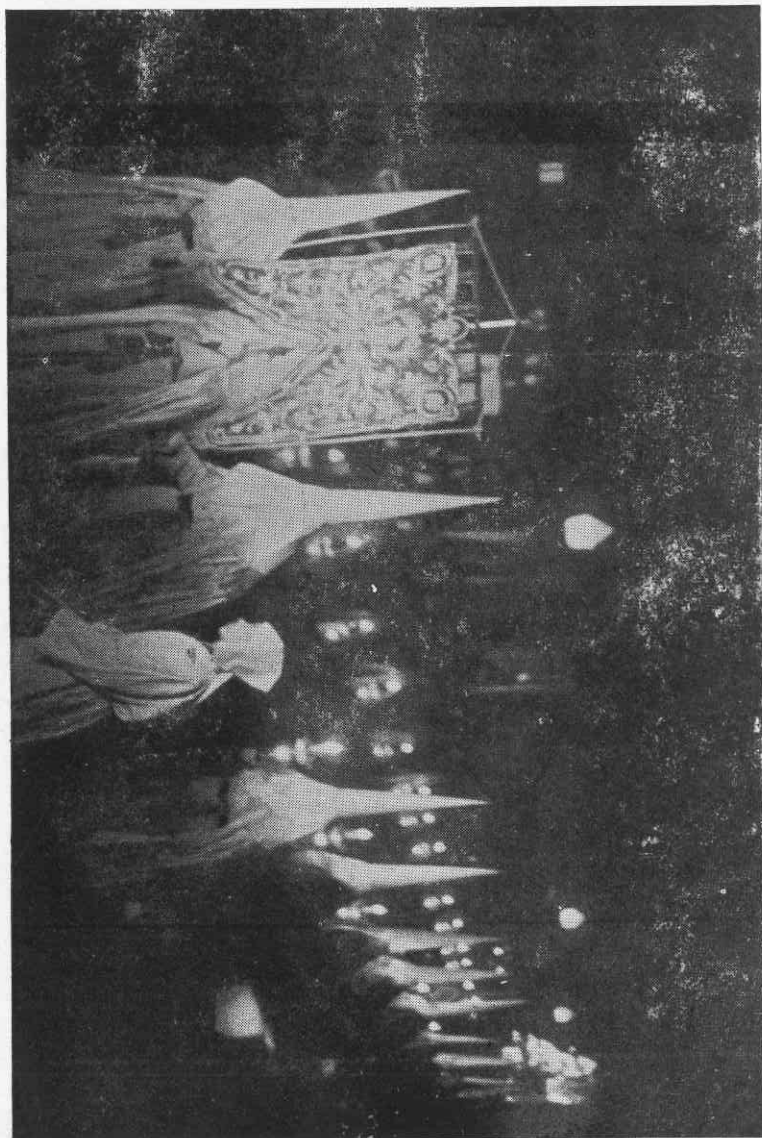
...la inmovilidad en las paradas, es perfecta...



El Tercio del San Juan
avanza en la noche del
Viernes Santo



Con este paso entran los Sanjuanistas morados en sus Bodas de Plata



Agrupación de San Juan Evangelista de la Cofradía de Ntro. Padre Jesús Nazareno

JUNTA DE HONOR

Presidente:

Excmo. Sr. D. Miguel Maestre Zapata
D. Inocencio Moreno Quiles

Mayordomo:

Excmo. Sr. D. Fermín Sanz Orrio

Vicepresidente:

D. José Bonmatí Azorín

Camarera:

D.^a Eva Pina de Gómez

HERMANOS:

D. Arturo Gómez Meroño	D. Tomás Collado González
» Juan Magro Espinosa	» Gregorio Gómez Meroño
» José Balsalobre Pérez	» Rafael Valls Marín
» Emilio Restoy Godoy	» Joaquín Navarro Corominas
» Rafael Portela Aguado	» Diego Zamora Conesa
» Gregorio Pina Laplana	» Fidencio Pina Laplana
» D. José Ramos Romero	» Miguel Martínez Segado

DIRECTIVA

Presidente:

D. Miguel Hernández Gómez

Vicepresidente:

D. Julio Mas García

Secretario:

D. Roberto Bonet Sánchez

Tesorero

D. Bernardo Pérez Olmos

Guarda Almacén:

D. Benito Requena García

VOCALES:

D. Juan Pérez Campos López	D. José Carbajal Torres
» José Soto Martínez	» Francisco Martínez Candell
» Emilio Hernández Gómez	» José Jiménez Cayuela
» Asensio Vilar Vila	» Antonio Salmerón Lara
» Francisco Alcantud Jorquera	» Mariano San Leandro
» Matías López Ruiz	» Juan Blaya García
» Alfonso Martínez Céspedes	

PENITENTES:

D. José Bonmatí Azorín, D. Francisco Martínez Candell, D. Alejandro Escribano Ferrer, D. Miguel Hernández Gómez, D. José Sánchez Segado, D. Antonio Escarabajal Martínez, D. José Soto Martínez, Don Juan Soto Martínez, D. Jacinto Naranjo Martínez, D. Alfonso Martínez Céspedes, D. Antonio Salmerón de Lara, D. Juan Blaya García, D. Salvador Alvarez Orsi, D. Antonio Barranco Sánchez, D. José L. Moreno Morales, D. Bernardo Pérez Olmos, D. Julio Mas García, D. Eduardo Navarro, D. Asensio Vilar Vila, D. Claudio Otón Mercader, D. Rafael Portela Aguado, D. Federico Vilar Vila, D. Eduardo Vilar Vila, D. José Vázquez Marín, D. Marcelino Conesa Segado, D. José Cazorla Ruiz, D. Emilio Hernández Gómez, D. Matías López, D. Antonio Legaz Franco, D. Ginés Sánchez Díaz, D. Bartolomé López Martínez, D. Gregorio Gómez Meroño, D. Pedro Rico Vidal, D. Roberto Bonet Sánchez, D. Francisco Alcantud Jorquera, D. Salvador Monteagudo Bonet, D. Antonio Sáez Meroño, D. José García Alvarez, D. Antonio Abellán Murcia, D. Luis Amante Duarte, D. Jorge Portela Aguado, D. Ramón Espín Alvarez, D. Guillermo Ballester Martínez, D. José Conesa Segado, D. Oscar de Jódar Merlo, D. Emilio Cerezuela González, D. Francisco Balibrea Carreño, D. Juan L. Gea Sánchez, D. Ramón Marzal Dávalos, D. Ginés Huertas García, D. Juan Pérez-Campos López, D. Carlos Vilar Vila, D. Rafael Vilar Vila, D. José M.º Fernández Ros, D. Jacinto Miralles Torres, D. Domingo Sánchez Esteban, D. Fran-

cisco Guillén Bernal, D. Miguel Martínez Martínez, D. Justo Hernández Hernández, D. Celestino García Raimundo, D. Enrique Amorós Verdú, D. Gerardo Martínez Guerra, D. José Carbajal Torres, D. Antonio Espín Alvarez, D. Francisco Fuster Sáez, D. Esteban Sánchez Guerrero, D. Adolfo García Pérez, D. Santiago Andreu Martínez, D. Octavio Ruspida Lardiez, D. Melchor García Mula, D. Emilio Restoy Zamora, D. Carlos Gea Sánchez, D. Armando Martínez Andreu, D. Juan Pérez López, D. Juan Magro Pina, D. Gregorio Gómez Pina, D. José Nieto Alvarez, D. Juan Carlos Gutiérrez Mas, D. León Ayala, D. Juan Vilar Vila, D. Alberto Fernández Amador, D. Benito Requena García, D. Angel Huertas García, D. Ricardo Espejo Pérez, D. Alfredo Pelluz Parra, D. Rafael Martínez Candell, D. Casimiro Bonmatí, D. Francisco Bueno Sanabria, D. Mariano San Leandro Ballesta, D. José M.º de Lara Muñoz Delgado, D. Andrés Ayala Peragón, D. Juan Alcantud Jorquera, D. Ginés López Jiménez, D. Antonio Maestre de San Juan Victoria, D. Luis López Jiménez, D. Enrique Romero Sánchez, D. José Ruipérez Peragón, D. José Sánchez Faba, D. Ginés Soler García, D. Tomás Egea Vilar, D. Emilio Ruiz de Alejo, D. José Andrés Guruceaga, D. Antonio García Gómez, D. José Martínez Lorca, D. Pablo Vidal Mercader, D. Emilio Ruiz Alejo, D. Juan Carlos Jiménez Torres, D. Ginés Sánchez López, D. Diego Moreno de Jódar, D. Antonio Pérez Ramos, D. Teodoro Alvarez, D. Miguel Portela Carlos Roca y D. Jorge Portela Rodríguez.

La Agrupación de San Juan Evangelista, saluda a sus favorecedores con motivo de sus Bodas de Plata.





Cuatro Santos, 19 - 21

Teléfono 1613

Puerta de Murcia, 32-34

Teléfono 1131

CARTAGENA

Calderón de la Barca, 1 -- Teléfono 3024

MURCIA

ANISETTE VERDE
MASTIA
ORIGINAL DE COLORE Y EXCEPCIONAL DE SABOR

ESTA NENA GRACIOSA Y BELLA
OS OFRECE
DOS JOYAS
DE LA LICORERIA
ESPAÑOLA

43
Licor
CUARENTA Y TRES

ES UN NUEVO PRODUCTO DE LA CASA CREADORA DEL

SOTO

CARPINTERIA
MECANICA

Teléfono 1224

CARTAGENA

AGENCIA OFICIAL

PEGASO

PARA MURCIA Y SU PROVINCIA

Garage Huertas

CARTAGENA

Carbajal y Torres

SDAD. LTDA.

CONTRATISTAS

Fábrica de Mosaicos y Piedra Artificial

CARTAGENA

Fábrica y Oficinas:

ENSANCHE, CALLE N.º 4

Apartado Correos, 89

TELEFONO NUM. 1540

JOYERIA

Muñoz

Relojes Record, Longines, Omega y Cyma

GRAN VARIEDAD

EN ARTICULOS PARA REGALOS

Calle Jara - CARTAGENA - Teléf. 1528

ALMACENES

Aurelio Méndez

Tejidos - Confecciones - Novedades

Duque, 14 y 16 - Cartagena - Teléf. 1515

En MADRID:

Almacenes AURELIO MENDEZ, S. A.

Doctor Esquerdo, 11 - Teléfono 351146

Flores

Virgiana.

Velos

Medias

ff

Puerta de Murcia, 4 - 6

Teléfono 1858

CARTAGENA

MIGUEL MARTINEZ SEGADO

Electricidad y Maquinaria
Instalaciones para Riegos

Puerta de Murcia, 4 - Teléfono 1961
CARTAGENA

DR. JUAN PEREZ-CAMPOS LOPEZ

MEDICINA GENERAL

Consulta de 4 a 6

Mayor, 29-1.º - Teléfono 2237
CARTAGENA

JABONES

La Argentina

CARTAGENA

J. CASELLES CANOVAS

ASENTADOR DE FRUTAS

Mercado - Lonja - Teléfono 1246

Para Naranjas...

CASELLES y sólo CASELLES

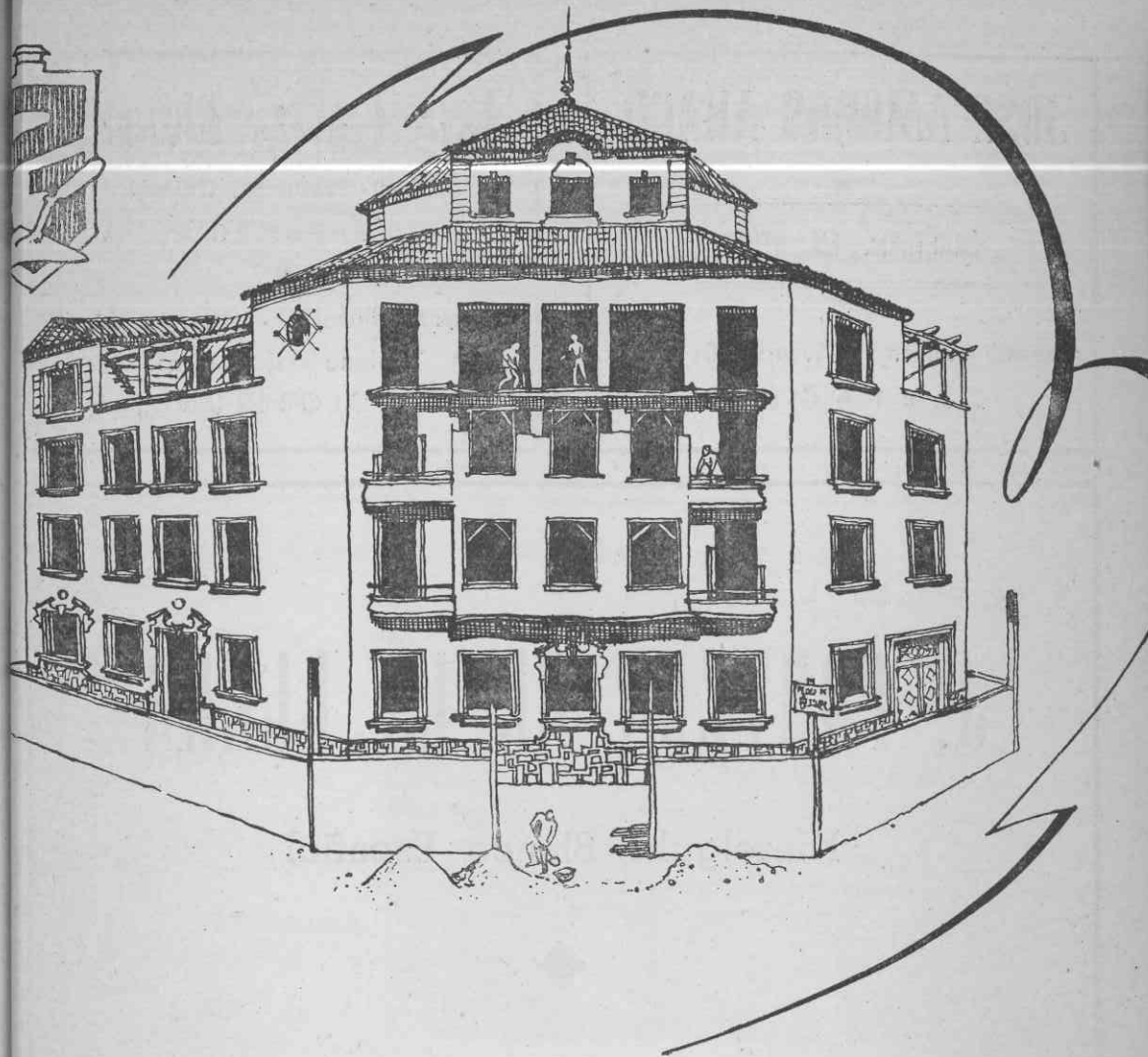
JUAN CAMPOS DE MIGUEL

Administración de Prensa

FOTOGRAFADO

Plaza S. Francisco, 19
Apartado Correos 124
Teléfono 1842

Cartagena



TODO EL MUNDO DICE:

"SON LAS MEJORES CONSTRUCCIONES"

SIN EMBARGO...

¡SON LAS MENOS COSTOSAS!

PEDRO DE JODAR

CONSTRUCTOR DE OBRAS

Alameda de S. Antón, 20-bajo - Teléf. 2329

- Estudios y Proyectos
- Cálculo de Estructuras
- Hormigón armado
- Edificaciones
- Albañilería Decorativa

JOSE AMOROS ARACIL

FERRETERIA EN GENERAL

Central: Carmen, 16 - Sucursal: Duque, 20
CARTAGENA

José García Alvarez

Drogas - Productos Químicos
PERFUMERÍA

Vargas Machuca, 3 - Alfonso XIII, 19
Teléfono 88 de Barreros
LOS DOLORES (Cartagena)

CASA ANTOLIN VILA

NOVEDADES

Puerta de Murcia 31 y 33 - Telef. 1833
— — CARTAGENA — —

MIGUEL MARTINEZ SEGADO

Electricidad y Maquinaria
Instalaciones para Riegos

Puerta de Murcia, 4 - Teléfono 1961
— — CARTAGENA — —

J. PORTELA DE LA LLERA

Kieselguhr Blanco Español

EXPORTACION
CARTAGENA

Camisería, Géneros de Punto, Bolsos y Artículos para Regalos

Distinción

Selección

Buen gusto

Economía



Almacenes LEPANTO

DUQUE NÚM. 30
TELÉFONO 1849

Pedro López Lorenzo

MAYOR NÚM. 53
TELÉFONO 2269

Casa en ALICANTE: Bailén, 4 - Teléfono 1648

MATADERO INDUSTRIAL
(R. D. G. S. N.º 105)

Productos del Cerdo «LOS MIOS»

Marcelino Conesa Linares

CASA FUNDADA EN 1897

LOS BLASES (Cartagena)

Teléfono 1177

Dirección Telefónica: CONEMBUTIDOS

Dirección Postal: Cuatro Santos, 1 - CARTAGENA

VICENTE DIAZ

CURTIDOS

Artículos para Zapateros y Guarnicio-
neros, Lanas, Borrás, Miraguano
Tacóns y Suelas de Goma, Cremas
para Calzados
Paños «HISPANIA» para limpiar Metales
Artículos para Automóviles

Cuatro Santos, 22

CARTAGENA

MERCERIA Y NOVEDADES

INGLES GARCERAN

MEDIAS NYLON

GARANTIZADAS A 25 PESETAS

Mayor, 17 - CARTAGENA - Teléf. 1891



IMPRESIONANTE HALLAZGO
Solución definitiva con el RADARIK
Ensanche total con sintonía perfilada

SOLICITE UNA DEMOSTRACION EN
CUTILLA RADIO - S. Miguel, 1 - Teléf. 2497

Futbolín Bar

Chocolates - Cafés

Desayunos

Meriendas

Plaza Risueño, 14 (frente al Cine Central) - Teléfono 1057

CARTAGENA

SUCESORES DE

Pedro Sánchez Ros

EFFECTOS NAVALES

Depositarario de las acreditadas

pinturas marinas «HEMPEL»

Plaza José M.º Artés, 2 - Teléf. 1631

LOZA Y CRISTAL

Teléfono 1927

Juan Solano y Cía., S. L.
Carmen, 15 y Sagasta 15

Gran surtido
en Artículos para Regalo

Solano y Hernández

S. L.

Cereales y Salazones

Canales, 27-29 - Apartado 117 - Tel. 1884

CARTAGENA

Viñas y Navarro

ALMACEN DE TEJIDOS

Artículos de Alta Costura

Ventas al mayor y detall

Duque, 1 y 3 - Cartagena - Teléf. 1860

Alvarez Gómez, C. A.

DE DROGUERÍA INDUSTRIAL Y FARMACÉUTICA

Perfumería - Ortopedia - Artículos de Higiene

Oficinas y Almacenes:

PALAS, 16

Teléfono 1705

VENTAS AL DETALL:

P. de la Merced y Angel, 1-Tel. 1645

Puerta de Murcia, 13-Tel. 1640

Calle Caridad, 16 - Tel. 1562

Cuatro Santos, 23 - Tel. 1982

CARTAGENA

DELEGACION EN MURCIA: Plaza de Santa Gertrudis, 1 - Teléf. 1841

» ALBACETE: Carcelén, 12

La Saldadora

PAQUETERIA

CONFECCIONES

MERCERIA

Aire, 25 - CARTAGENA - Teléf. 2297

